

APENDICES

HOMBRES QUE HACEN HISTORIA RAMÓN SERRANO SUÑER

"LA UNIFICACION FUE ACEPTADA HASTA POR QUIEN ANTES DEL ALZAMIENTO DIRIGIA LA ORGANIZACION DERECHISTA MAS NUMEROSA"

"PERO LA UNIFICACION ESENCIAL DE FUERZAS DISTINTAS ES UNA TENTATIVA IMPOSIBLE"

"EL PLURALISMO,
NECESIDAD QUE NO DEBE DESCONOCERSE"

"LA UNIFICACION DEJO DE SER UTIL AL MINERALIZARSE
EL PARTIDO CONVIRTIENDOSE EN MERA BUROCRACIA"

En las circunstancias del tiempo en que se hizo, la "Unificación" era una necesidad absoluta. No sólo para evitar enfrentamientos de los distintos grupos u organizaciones políticas de la retaguardia (cosa que tanto hacia el exterior como en el interior hubiera sido altamente perjudicial, y no digamos la grave repercusión que habría tenido en el frente entre falangistas y requetés), sino también para dar al Mando supremo una base política que a la vez le fortalecería todavía más en su autoridad militar, frente a quienes en cierto modo se consideraban "pares". Fue, pues, un instrumento útil –necesario– durante la guerra, aceptado expresamente y sin reservas incluso por quien hasta el Alzamiento dirigía la organización política derechista más numerosa del país.

Hay que añadir que la "Unificación" fue planeada también para después, para la paz, y aquí hay que reconocer que los resultados que a la larga se lograron ya fueron otra cosa porque el partido unificado –por una serie de motivos, cuya explicación nos llevaría muy lejos –no alcanzó nunca la necesaria coherencia y pudo, por otra parte, ser obstáculo un día a las necesarias confrontaciones de ideas y al indispensable control de los organismos y grupos que ejercen en exclusiva la acción política. Fue equivocado querer prolongar lo que se hizo en aquellas circunstancias de España y cuando estaba triunfando en Europa un sistema político que más tarde sería derrotado durante la segunda guerra mundial. Esto dio lugar a una nueva situación social y política que el Poder no pudo desconocer y que obligaba, y aún sigue obligando, a una evolución tan serena y responsable como se quiera, pero con sinceridad y autenticidad en su realización.

Por lo demás, la "Unificación" esencial-y para siempre- de fuerzas y entidades esencialmente distintas, es una tentativa imposible que sólo podía tener realidad o aceptación de una manera ocasional y transitoria puesto que no existe en el mundo ningún pueblo con unanimidad de ideas y opiniones. Dentro y fuera de España el pluralismo es una realidad que es imprudente desconocer; es especialmente la característica del espíritu europeo. Mejor que desconocer fuerzas reales, cuya existencia es innegable, es contar con ellas y abrirles, con responsabilidad e inteligencia, cauces de manifestación. Por el contrario, mantenerlas apartadas, y no dar paso a su legítimo interés por la cosa pública y a la vigilancia de la Administración –para evitar abusos y atropellos– a la larga sólo puede conducir al desorden.

La autoridad además de robusta ha de tener imaginación para permitir que los ciudadanos se sientan participes en una empresa nacional satisfactoria y que la defiendan por su propio interés contra quienes quieran destruirla.

Así, pues, la "Unificación", que fue útil durante la guerra y algún tiempo después en el que los antagonismos entre los españoles eran todavía profundos, no lo fue más tarde cuando, además, el Partido se mineralizó convertido en mera burocracia. Desde entonces su mantenimiento carecía de oportunidad, tanto en su aspiración totalizadora como en relación con la realidad cierta de los dos principales grupos que la integraron.

PERFIL BIOGRAFICO

Ramón Serrano Suñer es una figura clave de nuestra política contemporánea; vamos a esbozar su biografía, en atención, especialmente, a las nuevas generaciones, a las que sin duda les ha llegado una imagen desfigurada de su actuación pública. Nació en Cartagena el 12 de diciembre de 1901. Estudió en Madrid: en su Universidad terminó la carrera de Derecho, con premio extraordinario en la licenciatura. De esos años universitarios nace su amistad con José Antonio, con el que preparaba las asignaturas en la biblioteca del Ateneo de Madrid. Más tarde amplió sus estudios, dentro de los años "20", en las universidades de Bolonia y de Roma. En 1924 ganó, en reñidas oposiciones, plaza en el Cuerpo de Abogados del Estado. Inició su carrera política en la "Unión de derechas", de Zaragoza, en año difícil: 1933. Formó luego parte de la minoría parlamentaria de la CEDA. En las elecciones de 1936 fue el único diputado de derechas reelegido por la capital del Ebro. En las Cortes intervino brillantemente: por ejemplo, en los debates sobre la ley de Administración Local.

Ante las circunstancias políticas españolas estrechó su vieja amistad con José Antonio Primo de Rivera, entonces preso en la Modelo madrileña, y tomó parte en la primeración del Alzamiento sirviendo de enlace con S. E. el Generalísimo, con el que le unen lazos familiares. (Por cierto que en un viaje a Canarias, donde se encontraba Franco, coincidió con Negrín, a quien conocía en el Parlamento. El doctor Negrín le prestó un libro: *El príncipe*, de Maquiavelo...)

Después del 18 de Julio desempeñó la secretaria política del Generalísimo. Fue nombrado ministro del Interior en 1938, en el primer Gobierno de Burgos. El fue el artífice del decreto de "Unificación", que ahora tan sinceramente comenta en EL NOTICIERO UNIVERSAL. Luego desempeñó la cartera de Gobernación; en 1939 se le encomendó la cartera de Asuntos Exteriores. Los acontecimientos que se desarrollaban en Europa en aquellos momentos -en plena guerra internacional dieron a su gestión un enorme eco. Su actuación queda explicada en su famoso libro *Entre Hendaya y Gibraltar*.

Desde su salida del Gobierno se dedica a su profesión de abogado. Sin embargo, en sus artículos y conferencias -estos primeros recogidos en su libro *Ensayos al viento*, prologado por "Azorín", continua revelando su inquietud política y su amor y preocupación por el futuro de España.

EL NOTICIERO UNIVERSAL Barcelona, 11-10-1972

**CARTA DEL GOBERNADOR CIVIL DE LAS PALMAS,
DON PLACIDO BUYLLA, AL EXCMO. SR. DON RAMON SERRANO SUÑER,
MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES**

"Gobierno civil de la provincia de Las Palmas, Mayo 8 de 1941.
Excmo. Sr. Don Ramón Serrano Suñer, Ministro de Asuntos Exteriores.
Madrid.

"Querido Ramón: Contesto con mucho gusto tu carta recibida ayer en la que te interesas por las condiciones en que cumple condena Manuel Hedilla. He hablado con el director de la prisión, persona competente y de confianza de la dirección general, quien me dice que el recluso indicado no se encuentra sometido a régimen de restricciones de ninguna especie, pero desde hace tiempo se niega sistemáticamente a comunicar con nadie y a contestar la correspondencia.

"Ocupa, solo, una celda, que no abandona más que para asistir a los actos religiosos. También tiene por sistema no contestar las preguntas que se le hacen. He visto el sobre firmado por él, que recibió certificado, procedente de Santoña y que le escribe su familiar Juan Arce con fotografías. De todo ello tiene CONSTANTE CONOCIMIENTO el Sr. Director General de Prisiones.

"Comisionado por mí, el secretario de orden público de este gobierno, acaba de hacer una visita a la prisión, informándome de lo siguiente:

"Que hace muchos meses que Hedilla se ha impuesto voluntariamente un régimen de aislamiento absoluto, permaneciendo en su celda con la puerta cerrada por el mismo con una cuerda interior. Cuando se le habla o pregunta por las causas de tal mutismo o sobre cualquier otra cosa, jamás contesta.

"Es necesario llevarle la comida a su celda y pelarle y afeitarse en la misma por su negativa rotunda a salir de ella. En consideración a su persona se han tomado por el personal de la prisión todas las medidas imaginables para hacerle desistir de su actitud, sin emplear nunca la violencia. Hasta hace unos meses, admitía en su celda a dos o tres reclusos más (siempre los mismos) con los que rezaba el santo rosario y hacía otras practicas religiosas, pero un día les despidió, diciéndoles que quería estar solo con Dios. A partir de ese día, no ha vuelto a cruzar una palabra con nadie. Estas manifestaciones le fueron hechas por los propios reclusos.

"Existen en la dirección de la prisión algunas cartas y postales a él dirigidas, que le han sido entregadas, y devueltas por él sin leerlas, según consta en los sobres de las mismas por diligencia del funcionario encargado de entregárselas. Para devolver estas cartas, ni siquiera abría la puerta sino que inmediatamente después de dárselas por la reja, él las arrojaba fuera por debajo de la puerta. Estas cartas son de sus parientes y amigos; incluso hay una de su propia madre.

"Dado el número crecido de reclusos existentes en la prisión, hay necesidad de alojar dos y hasta tres en una misma celda, y sin embargo, por consideración al Sr. Hedilla se le ha tenido siempre ocupando una celda para él solo.

"En esta celda le visitó esta mañana el secretario de orden público, y al verle entrar se levantó, y puso en posición excesivamente correcta; como lo haría un militar ante un superior; no le miró más, sino que cerró los ojos o miraba al suelo. Así permaneció mientras le hablaba el secretario, y le preguntaba las causas de su silencio para con los que le escribían o deseaban visitarle, invitándole a que le dijera si necesitaba algo o tenía alguna queja, ofreciéndole su amistad y confianza.

"Ante su invariable actitud, espero algunos minutos para saber que diría a sus preguntas, pero pasaron algunos más sin obtener contestación, en vista de lo cual se retiró sin haber logrado oírle una palabra.

"Queda siempre a tus gratas órdenes y recibe un cariñoso abrazo de tu primo y subordinado, Placido."

SOBRE JOSÉ ANTONIO

A través de la gran emoción de su recuerdo, José Antonio nos ofrece motivos de evocación en agolpada multitud. Y es que los treinta y tres años de su vida -de esa vida magnífica como su muerte- tienen tal riqueza de rasgos y tal fecundidad de acción y de pasión, que no es empresa fácil encerrarlos en una fórmula simplista.

Y, sin embargo, a poco que se recapacite sobre su breve y denso caminar por la tierra, se alza perfecta, sin sombra, perfilada con trazo segura y acabado, la figura del hombre, con su unidad entera e imborrable, en la incontestable consecuencia de un teorema.

Fue José Antonio -muchos hacen mal en hablar de él sin saber cómo fue- todo autenticidad, rigor y disciplina mental; por ello era un temperamento clásico que conjugaba en una línea de armónica plenitud los más finos matices del análisis (que sólo una reflexión fríamente intelectual sabe captar) con los más brillantes cuadros sintéticos para los que hace falta, además, el ímpetu y el calor de lo vital.

Este hombre que proclamaba la dialéctica de los puños y de las pistolas como replica necesaria a la péfida dialéctica de los votos, empleada por los tahúres de la política como instrumento para traicionar, hasta desmembrarla, una Patria tan cara, sabia manejar el escalpelo agudo de su razón sobre el embeleco secular de Juan Jacobo.

Y porque fue un temperamento clásico supo concebir la unidad de España como una unidad de destino con esa visión definitiva de la Patria, sublime conquista de un pensamiento robusto, que ya nadie osara arrebatar a los entendimientos y a los corazones jóvenes de la España recobrada.

Esta ponderación, este sentido de la medida y esta percepción de lo cierto y lo real, que Dios sólo otorga a sus elegidos, culminó en el momento decisivo de su tránsito a la otra vida.

Quizás no exista en la lengua castellana, por otra parte de léxico tan rico, una palabra que con justeza y exactitud exprese la virtud humana de dominar los propios resortes anímicos hasta un límite de serenidad superada. Pues esta virtud es la que resplandece

en la muerte de José Antonio. Siempre a punto, valorando los instantes con precisión matemática, vio la llegada de la muerte en una actitud de ecuánime grandeza. Sin exaltaciones teatrales ni depresiones, dando al supremo paso la importancia que tiene, emprende el viaje a lo Infinito en ese estado de gracia que transparenta su disposición testamentaria.

Espíritu clásico que, por serlo, sintió la justicia como virtud cardinal y como vocación, porque el Derecho -ciencia y arte que a cada uno da lo suyo- no arraiga sino en quienes tienen del peso, de la medida y del número un sentido exacto y humano. El vivió la Jurisprudencia con el decoro insuperable de los que visten la toga sin mancharla, porque saben que la Justicia es una emanación de la Divinidad.

Este culto suyo para el Derecho es una lección que no podemos arrumbar como lastre molesto de su herencia; porque el Derecho, que es una rémora detestable y odiosa cuando, como reloj parado, marca una hora inamovible en su esfera, es la garantía insustituible para los valores personales cuando marcha a compás del tiempo y cuando sirve para abrir cauce a la concepción del mundo y de la vida que tiene la generación que ha de cumplirlo.

Por ello urge acometer la tarea positiva de crear el Derecho de la Revolución Nacional Española: la norma que encuadre el orden nuevo, la que le dé sistema institucional, claridad y rigor, y con su fuerza nos lo defienda de la codicia, de la incomprensión y de la ruindad de toda suerte de malvados.

"He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y el pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo."

Precisamente por esta vocación hacia la justicia salió José Antonio al palenque de la vida pública a despertar a la juventud española, única fuerza capaz de levantar a la Patria cuando se hallaba en trance de desplomarse en el fondo último de su decadencia. Y fue a esta lid como abogado, redimiendo así a la política nacional de los males que había sufrido como consecuencia de otro abogadismo, el abogadismo pernicioso y rabulesco que aun profesan gentes sin conciencia ni emoción creadoras y que todavía muchas veces, vestido con la hipocresía de las artes menores, pugnara por imponerse. Por ello se constituyó José Antonio -en el Parlamento, en el foro y en el ágora hispana- en el gran abogado, en el gran defensor de España, de sus esencias históricas, de su destino y de su ser, de su unidad en ocasión casi irremediable de fractura y de muerte; en defensor de su gran patrimonio moral para cuya recuperación puso en juego la acción reivindicatoria que se dispuso a esgrimir con la pericia de un técnico en patriotismo, resuelto a vencer o morir con el ímpetu ardiente de su sangre jerezana y la fe encendida de las juventudes que acudieron entonces, y las que acudirían más tarde, al sentir en su corazón la noble llamada del gran precursor.

Gran precursor, a cuyo plan perfecto en la inteligencia y en el propósito sólo el tiempo faltó.

Por eso en horas de angustia suprema, José Antonio, descendiente de soldados, hermano de soldados, sangre militar en sus venas y aliento militar en su alma, acudió a quien

simbolizaba, sin mancha, las virtudes inextinguidas del Ejército para comunicar su ansiedad y la desproporción entre sus medios y la magnitud del peligro -inminente y terrible- que sólo el poder de las armas podía en aquella hora conjugar.

Desde la tribuna de su vida ejemplar, José Antonio nos envía el mensaje de sus enseñanzas y de sus consignas. Pero es preciso que al recibirlas, para seguirlas -no sólo para vocearlas, ni para especular con ellas-, no agrandemos desmesuradamente la distancia que de él nos separa, porque, si bien le va la categoría de héroe de romancero, precisa esquivar el riesgo de que se desdibuje su figura entre las nieblas impalpables del mito.

Es necesario que su personalidad no se deforme en fuerza de abstracciones y simbolismos. El que tenía afán de lejanías y que veía a España "sub specie aeternitatis", debe ser contemplado por nosotros con cálidos anhelos de proximidad. No sustituyamos su presencia cargada de humanidad por barrocas metáforas indignas de la elegante sencillez que él tanto amara. Conservemos en sus dimensiones precisas el vínculo de hermandad que nos uniera con José Antonio. Sólo así evitaremos ese peligro de profanar su memoria en que fácilmente se puede caer al desviar la atención de sublimarla. Y huyamos también del tópico, porque éste la empañaría con el humo espeso de la vulgaridad.

Tú ofreciste, José Antonio, la vida por la salvación de España y bien se nos alcanza que sólo ésta será consuelo para todos los que contigo se nos fueron.

Por tierras de Castilla y de Aragón, de Cataluña, de Andalucía y de la Mancha, que fueron por ti hasta su entraña amadas, la juventud que despertaste de su sueño o de su error, recorre, con la sola tristeza de tu muerte, los caminos difíciles de la España heroica, y al cantar tus canciones todos los días grita: "¡Arriba España!"

(Discurso pronunciado en Burgos el 20 de noviembre de 1937)

SEMBLANZA DE JOSÉ ANTONIO, JOVEN

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

SEÑORAS, señores:

Os aseguro que nada justifica esta expectación. Nada, al menos en lo que a mí se refiere. Sólo puede justificarla la imprescriptible grandeza del tema de mi conferencia. Si fuera de otra manera, en cuanto, minimamente, se proyectara sobre mí esta explicación, os doy de corazón las gracias sin palabras convencionales de cortesía, y lamento que mis decaídas facultades y mi mala salud no me permitan intentar siquiera algo que sea digno de vuestra atención y vuestro interés.

Me urge ya decir qué es a lo que no vengo aquí. No vengo a ninguna de estas tres cosas: ni haré revelaciones sensacionales, ni vengo a meterme con nadir –hablando vulgar y llanamente-, ni a terciar en ningún pequeño juego político, cosa que, profundamente, me repugna. Se trata de algo más sencillo, más claro y elevado; vengo a hablar del José Antonio humano; a sacarlo, o entresacarlo, en la medida de mis fuerzas, del mito retórico que lo sepulta. Tampoco diré palabras de propaganda; sólo palabras verdaderas –mi pobre verdad sobre su gran verdad-, que tal vez alcancen (por el tono y el sonido inconfundibles que la libertad tiene) la eficacia y la elevación que nunca puede lograr el ditirambo propagandístico.

Cuando por el peso de los años nuestro sistema de ideas, ilusiones y esperanzas, ha quedado penosamente depurado por la experiencia, volvemos la vista atrás y si hacemos balance de nuestra vida –en el grado en que la exigencia de cada uno sea capaz-, advertimos que tantas cosas en las que creíamos creer se desvanecen y se hace patente ante nosotros su insignificancia. En compensación otras, no sólo resisten el roce del tiempo sino que pueden soportar las pruebas más duras, incluso su transformación o su deformación, con finalidades poco interesantes, sin que se altere su valor ni disminuya su tamaño. Y si se trata de personas a las que hemos querido, comprendido y admirado tal como fueron, en su realidad puramente humana, diríase que su recuerdo en lugar de desvanecerse acrece cada vez más definido y próximo; aunque haya gentes que, deliberada o inconscientemente, traten de perturbarlo incluso magnificándolo de manera hiperbólica y deshumanizada. Y mientras las primeras pierden entidad y vigor, las otras –afectos profundos, estimaciones bien fundamentadas-, se instalan cómodamente en todo el espacio libre que la volatilización de aquellas otras deja en nuestro espíritu. El saldo de nuestro balance será, en definitiva, el reconocimiento de unos pocos amigos y afectos verdaderos, y de unas pocas ideas o convicciones invariables. En ello, al fin y al cabo, habrá consistido nuestra vida, y es ello lo que seguirá sosteniéndola y alentándola en forma de compañía cada vez más íntima y necesaria, más cordial y depurada.

En este balance de mis afectos y valoraciones, la figura de José Antonio no sólo no pierde sino que gana espacio y relieve al correr del tiempo, convencido como estoy de que su amistad, su trato frecuente e íntimo en los años de la juventud, y en otros decisivos, es uno de los bienes más ciertos que el destino ha querido concederme. Por ello no me causa trabajo, sino placer, esta invitación para intentar un retrato, o una evocación, del José Antonio joven que yo conocí. Un José Antonio anterior a su futura gloria pública, un José Antonio en cierto modo íntimo. Pues aunque nuestra amistad juvenil se hiciera luego más verdadera y exigente en la vida profesional y parlamentaria que juntos iniciamos, es del José Antonio de los primeros años –del universitario- del que quiero hablar, porque de él pienso que mi testimonio puede ser en alguna medida casi único y especialmente cualificado, y porque al otro José Antonio le han sobrado testigos –verdaderos y hasta falsos- y sólo habré de referirme a él cuando los recuerdos de una y otra época aparezcan necesariamente unidos o sean complementarios.

Lo que no quiere decir que yo renuncie –pues no renuncio- a volver sobre el tema: el hombre y la obra. En primer término a considerar los hechos en su realidad profunda y circunstanciada, los hechos tal como fueron, es decir, en su objetividad inclasificable. Esta contribución a la Historia es obligación que tenemos con la presente generación u con las venideras. A la verdadera Historia, no a su ilícita deformación como con frecuencia hacen pretendidos historiadores, que en realidad son desaprensivos

antihistoriadores que cortan, suprimen, mutilan o tergiversan, en relación con acontecimientos o personas, con el más absoluto desprecio por el sagrado deber de veracidad. Con desdén y con asombro tenemos ocasión de comprobarlo cuando lo que se narra es la Historia contemporánea tan próxima a nosotros que tal vez hemos sido testigos presenciales o actores de los hechos deformados o mentidos.

Otra cosa será luego la interpretación y la crítica de aquellos hechos y de los hombres, el enjuiciamiento sobre sus aciertos, su rectitud de intención, la valoración ética de las conductas, etc., cosa perfectamente lícita por adversa que resulte, siempre que sea decorosa y honrada. Crítica absolutamente necesaria aunque a la vez resulta tarea delicada y nada fácil, ya que como dice un ilustre historiador, el Padre Zacarías García Villada en su “Metodología y crítica históricas”, entender bien el alcance de un hecho o de una fuente, y considerar los diferentes puntos de vista desde los cuales pueden ser examinados, exigen una educación especial del que hoy se llama sentido histórico.

Y todavía nos quedará otra tarea apasionante que será ésta: conocidas las *constantes* del pensamiento y de la voluntad de José Antonio aplicarlas a las *variables* de las distintas posiciones en que podríamos imaginarlo en lo que se refiere a decisiones, enfoques, sugerencias o consejos –según fuera el puesto que ocupara si estuviera con nosotros– ante los mil acontecimientos graves y trascendentes que desde su muerte han ocurrido en España y en Europa.

EN LA UNIVERSIDAD

Cuando llegó a la Universidad José Antonio era casi un adolescente y aún lo parecía más por su aspecto un poco tímido, por su pudor irónico, por su relativo desaliño de entonces y por una cierta ingenuidad con la que se asomaba por primera vez a la vida intelectual. Para ir a la vieja Universidad tomábamos los dos el mismo tranvía –el número 11, que hacía el recorrido Retiro-Argüelles–, pues él vivía en Serrano y yo en Claudio Coello.

Se incorporó como alumno oficial a nuestra promoción con un año de retraso por haber dedicado el anterior a estudiar matemáticas (mientras aprobaba por libre otras asignaturas) con propósito de hacerse ingeniero, por lo que a nosotros, introducidos ya en el ambiente universitario y bien situados, nos dio la impresión de un novel desorientado y para muchos, cargados con los *prejuicios* (valga la paradoja) de *aquel ambiente liberal*, su condición de hijo del General Primo de Rivera –todavía no Dictador pero ya figura muy conocida– le hacía sospechoso. Tanto fue así, tan fuerte fue ese recelo, que algunos (profesores y alumnos, incluso inteligentes) tardaron tiempo en aceptar, aun cuando se hizo patente en seguida, que aquel joven era un universitario auténtico, brillante y agudo, con una personalidad original y extraordinaria.

Recién llegado, estuvo, como era corriente entre estudiantes, más pendiente él de nosotros que nosotros de él. Un día, nuestro inolvidable y gran maestro don Felipe Clemente de Diego me preguntó sobre un tema de “obligaciones” que desarrollé con amplitud; y al salir de clase José Antonio se me acercó y me dijo: “Oye, todo eso que has dicho no está en los apuntes, ¿querrías decirme por dónde lo has preparado?”. Le entregué una monografía que había utilizado y le hablé de otros libros que consultaba en

la biblioteca del Ateneo a la que inmediatamente se incorporó. A los pocos meses destacaba entre los primeros y mejores.

SU CARÁCTER

Las notas más salientes de su carácter pronto empezaron a hacerse visibles con gran intensidad, pues tenía una personalidad fuerte que sólo la envidia, los prejuicios o la ceguera podían dejar de percibir. Me llamó siempre la atención su espíritu de orden, aun diría que su meticulosidad. Era éste un aspecto –el más exterior sin duda- de su carácter, del rigor extremado que ponía en todo, que exigiría en todos y que empezaba por exigirse a sí mismo. Conservo aún los cuadernos donde ponía en limpio –la noche misma de tomarlos- los apuntes de Política Social, asignatura del Doctorado que explicaba Olariaga. Son –incluso caligráficamente- un prodigio de claridad y cuidado. Sin duda había también en este primor material algo de aquel espíritu infantil que –él, tan hombre- tal vez no perdiera nunca en el transcurso de su corta vida. (Este atildamiento lo llevaría más tarde, aunque sin afectación, a su atuendo y a su participación en la vida mundana –aunque con una fuerte dosis de reserva crítica, de ironía y a veces de “directismo”-, después de la que propiamente fue su primera experiencia social en Barcelona, cuando su padre fue allí Capitán General).

En esta misma línea de las manifestaciones externas de su gusto por el rigor y la puntualidad estaba su cortesía, pues José Antonio era un hombre muy cumplido. Jamás se le pasaba sin felicitar un santo, nunca dejaba de expresar congratulación por el triunfo o por el éxito –grande o pequeño- de un amigo, ni de hacerse presente en su infortunio. Y esos deberes los cumplía puntualmente hasta en los tiempos más duros de su vida, estando preso en la cárcel de Alicante. (Nunca olvidaré la carta –ejemplo de delicadeza, de comprensión y de ternura- que desde allí me escribió a la muerte de mi padre, cuando era ya inminente el estallido revolucionario, “en estas horas –me decía- tan cargadas de ansiedad”.) Las enseñanzas, a veces crueles, de su propia sensibilidad le hacían estimar y cuidar la sensibilidad ajena. También sin afectación, con autenticidad, era generoso y leal; y nunca he visto en él un solo movimiento que cupiese atribuir a la envidia y mucho menos a un interés bastardo. Estimaba todo lo que era estimable; y si de un amigo se trataba, su estimación no conocía retraimientos ni reservas, y era muy expresivo en su alegría por el bien de las personas que quería. Con todo esto no pretendo decir –¡Dios me libre!-, que fuera siempre y para todos cómodo y fácil. Cortés, delicado, generoso, y, por supuesto, inteligente y comprensivo, podía ser si quería –y a veces lo quería- incómodo y antipático. Esta era una consecuencia de su exigencia y su rigor; no pasaba por movimiento mal hecho y le decía las verdades al lucero del alba. Claro es que, según acabo de decir, estaba legitimado para tanta exigencia porque lo que exigía de los demás empezaba por exigírselo a sí mismo y su tensión autocrítica, como su tensión crítica, podía llegar a la ferocidad. No soportaba lo vulgar ni lo inauténtico, pero sobre todo le ponían fuera de sí los aproximativos pretenciosos. Soportaba bien, a veces incluso con cariñosa simpatía, a los ignorantes confesos, pero no toleraba a los *alfabetos* satisfechos. Esa exigente pasión por lo depurado y verdadero desembocaba a veces en la iracundia. Sus “tormentas” fueron proverbiales entre parientes, amigos y secuaces. Pero me urge decir que cuando esto ocurría sin razón (todos tenemos en nuestra relación con los demás altibajos, momentos buenos y otros desafortunados en los que herimos), sabía arrepentirse y pedir perdón con la misma generosidad con la que

él perdonaba, porque tenía un alma grande incapaz de permanecer en el rencor. (Otra cosa es que mantuviese en una recta estimativa sus juicios hasta el final adversos, pero sin odiar a las personas a quienes se referían, como a él le odiaron y algunos le odian todavía).

Era sincero, y, por serlo, implacable con toda suerte de simulaciones y duplicidades. Detestaba muy particularmente a las personas solemnes y especialmente a las que de la sensatez o de cosas más altas hacían profesión o carrera. Tenía un sentimiento religioso muy hondamente católico profesional, de esos que han sido recientemente aludidos por un Cardenal insigne –Ottaviani- que se sirven del catolicismo y conveniencias personales, políticas, económicas, “et sic de quam plurimis”.

No puede negarse que era orgulloso y no sólo por temperamento sino también de un modo consciente fundamentado. Pero se defendía, se vigilaba cuidadosamente para no caer en el mayor pecado del hombre que es, sin duda, la soberbia. (Solía decir que, además de gran pecado, era la soberbia algo despreciable, de lo que estaban bien dotados los hombres inferiores y más aún los asnos que a las buenas razones contestaban con coces). De tal manera fue la solemnidad infatuada uno de los temas de su mayor aversión que en ella se apoyaron algunas de sus enemistades, y aun creo que éstas fueron las más profundas, siquiera en ocasiones pienso que no fueron las más justas.

Con aquel orgullo consciente y con su exigencia, tanto como con su pudor y su timidez, pero también con su temperamento de intelectual, hay que relacionar una de las notas más acusadas del carácter de José Antonio, patente ya –e incluso hipertrofiada- en aquellos años de su formación: la *ironía*. Por de pronto, la ironía como instrumento y como actitud para nivelar el énfasis o atenuar la exaltación juvenil de una inteligencia muy brillante – como la suya- frente a todo; pero también como camino hacia el humorismo e incluso hacia el sarcasmo. Camino en el que a veces llegaba a ser cruel, especialmente consigo mismo, poniendo en solfa sus propios actos cuando podían resultar demasiado ruidosos. Este correctivo irónico –*autocorrectivo*- no le abandonaría nunca. Recuerdo dos anécdotas expresivas que se refieren ya a los tiempos de su acción pública y que subrayan la doble dirección –*orgullo y pudor*- que su ironía solía adoptar. Diré que en sus primeras actuaciones parlamentarias no consiguió –pese a la elegancia de su lenguaje y aun por exceso de ella- entonar con el ambiente. Al fin, un día intervino con éxito rotundo en un debate sobre problemas universitarios. (Su pasión por la Universidad fue la más genuina de su vida, y por ello siempre sería su musa más feliz. Conocimos nosotros una Universidad políticamente descarriada, pero no existencia y presencia tan ciertas en lo científico y docente que toda la vida la hemos recordado con gratitud). De tal manera acertó en aquella ocasión, que las personas más reacias y distantes acusaron el éxito; y como alguna de éstas se manifestara con engolado elogio, en un grupo de los que se formaron en los pasillos, José Antonio, en voz suficientemente alta como para que lo oyeran, me dijo: “¿Pero tan mal lo habré hecho para merecer tanta adhesión?”. (Sin duda se acordaba de aquel orador griego que cuando era aplaudido por multitud decía: “Alguna estupidez ha salido de mi boca”).

La otra se produjo con ocasión de una conferencia importante –meditada y extensa- que pronunció con mucho éxito en el “Círculo de la Unión Mercantil” sobre una nueva estructura de la economía nacional al servicio del destino de España; y al terminar, cuando me descubrió entre las personas que acudían a felicitarle; saliéndome al

encuentro, con aquella cordialidad infantil que muchas veces tenía, me dijo: “¿Has visto, Ramón, la cantidad de libros que he traído en mi cabeza? He estado hecho un pozo de ciencia”. También le divertía dar a sus expresiones irónicas y a sus ademanes humorísticos un cierto tono de patosidad; era una especie de ironía sobre la ironía, y hay que decir que aquel aire adolescente que nunca perdió del todo le ayudaba a conseguir su propósito. Unas veces la fórmula de su ironía consistía en sobrecargar de énfasis burlón una frase cualquiera y otras en aligerar o minimizar una expresión realmente grave. Así, cuando terminadas las clases nos dedicábamos a poner en orden los problemas de la Asociación escolar que los dos dirigíamos, y nos sorprendía en esa tarea la hora de almorzar, José Antonio ponía término a aquella situación de retraso diciendo una y otra vez: “Vámonos, vámonos, porque mis tías me estarán esperando”. Pronto no fue él quien tuviera necesidad de hacer esta consideración cuando se acercaban las dos de la tarde, pues alguno de los compañeros que allí trabajaba con nosotros le recordaba que le estarían esperando sus tías, y él, con aquel gusto que tenía por gansear en la intimidad, exclamaba: “¡Verdaderamente que mis tías tienen una gran personalidad universitaria!”.

Cuando algún compañero proponía cosa desatinada o inconveniente, José Antonio mordiendo las uñas decía: “Hay que tener cuidado de no desacreditarnos antes de habernos acreditado”. Y en una huelga escolar, cuando el fotógrafo de un periódico, con fines políticos que no nos interesaban, quiso retratarnos reunidos con los directivos de otros centros de enseñanza con los que nuestra coincidencia era puramente táctica y ocasional, José Antonio además de negarse conmigo a aquella pequeña maniobra, cuando aquellos censuraban nuestra actitud, contestó esta graciosa impertinencia: “Es que nosotros queremos conservar la autonomía de nuestra imagen”. Luego, más tarde, ya en los años de una lucha política en la que sabía muy bien que arriesgaba la vida, en el turbulento parlamento republicano, caricaturizaba en coplas de humor desenfadado cuanto allí encontraba hinchado, convencional, espontaneidad y era precisamente por eso por lo que no pasaba por el gracioso profesional (cargado con un repertorio de ingeniosidades en conserva, *ene* veces repetidas), y le fatigaban los dicharacheros de oficio.

Pese a la vigilancia a que la sometía, su violencia no dejó de desatarse en más de una ocasión, como en aquel juicio oral donde, asumiendo su propia defensa, arrojó la toga al suelo al oír la sentencia condenatoria (por tratarse de un procedimiento de urgencia se notificaba en el mismo acto, en estrados), y censuró al ponente su falta de valor para aceptar, por la Justicia, el riesgo de un traslado; o aquel debate parlamentario promovido para fijar la posición de España en relación con las sanciones que las potencias aplicaron a Italia durante su guerra de Abisinia y en el que el Ministro de Estado (un radical llamado Rocha), impermeable a las fundadísimas consideraciones que él hiciera en su interpelación, con sus característicos estilo y método rigurosísimos, cometió la imprudencia de pretender contestarle –brindando al sol- de manera a la vez incoherente y destemplada, siendo rápidamente atajado por José Antonio, quien le lanzó un “Váyase Su Señoría a hacer gárgaras” que sonó allí como un trueno; y cuando estremecidas las vestales parlamentarias y la presidencia solemnemente congestionada quiso obligarle a que retirase esas palabras, contestó: “Ni una coma, ni un acento” y luego comentó “¡Si es el discurso de mayor adecuación!”.

EL ESTILO

Se ha hablado mucho del estilo de José Antonio. En los primeros meses de la guerra civil se usó y abusó de este tema –el estilo de la Falange- incluso por personas pintorescas que repetían por boca de ganso lo que ni remotamente eran capaces de entender; y llegaron a convertir en cosa ridícula algo tan serio, importante y necesario como es y será siempre el estilo. Estilo que José Antonio tenía y perseguía con verdadera obsesión. “Cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación”. “Nos impusimos como el más estricto deber el de conservar sobre todo, aún en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas que casi son una: el rigor intelectual y el estilo”. Y a un estudiante que se quejaba de que el periódico “FE” no fuera bastante duro le contestó: “Camarada estudiante: revuélvete contra nosotros si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales”.

Lo que él llamaba estilo –buen estilo-, era un esfuerzo, y un gran cuidado que se refería al modo espiritual de sentir, pensar y expresarse y que abarcaba también el gesto y la conducta entera. Un esfuerzo para lograr una síntesis humana de las perfecciones en apariencia más opuesta como son la delicadeza y el vigor, la precisión intelectual y la gallardía física, la inteligencia y el valor, y, en lo que refiere a la expresión, la sencillez y la profundidad. El estilo sería la prueba –el contraste- del hombre auténtico y de las cosas auténticas. Aquella síntesis suya, luego tan manoseada, de lo religioso y lo militar, podía también adoptar otros muchos pares de cualidades integradoras: lo intelectual y lo deportivo, la elegancia y el rigor, la pasión y la veracidad, el ímpetu y la delicadeza. Y esta exigencia de estilo fue, desde sus años juveniles, uno de los imperativos de aquel hombre, jamás satisfecho de sí mismo. Era un imperativo *tanto estético como moral*, fundado en una doble repugnancia por la zafiedad y la retórica (que tantos cultivan, amorosamente, a la vez), la improvisación y la pedantería, la hipocresía y la jactancia.

Era un hombre muy capaz de sufrir y sufrió mucho con las defecciones y deslealtades de amigos y seguidores suyos o de su padre, con las interpretaciones torcidas y con los ataques deliberadamente injustos. Más de una vez en las depresiones y tristezas de su lucha, he recibido confidencias suyas amargadas y desilusionadas. “Sé que quien asume la dirección de un movimiento político no tiene derecho a la tranquilidad ni al descanso; pero hay momentos en que me parece que me va a saltar la cuerda como a un reloj”. Le causaba especial amargura la egoísta inasistencia de personas que por su situación personal u oficial estaban más obligadas a ayudarle; “las que luego –decía- se aprovecharán de mi sacrificio”. También me habló de “la soledad en que muchas veces se encontraba en el *cabal* significado de su lucha”. “Si no hubiera ya muertos por mi causa, me retiraría definitivamente.” Pero su idea de la responsabilidad y la conciencia de aquellos sacrificios le impedían entregarse a esa actitud de renuncia a la que, a veces, le empujaban su sensibilidad y también el recuerdo de su vocación abandonada.

SU VOCACIÓN Y SU DESTINO

Porque es hora ya de detenernos en la afirmación que antes hiciera de que la política no fue ni la primera ni la más íntima vocación de José Antonio. Más de una vez se ha dicho que José Antonio fue, principalmente, un intelectual, lo que es cierto; pero yo diré que

antes de llegar a ser otras cosas fue un universitario apasionadamente entregado a su vocación. Ya expliqué antes cómo la vida universitaria absorbía la nuestra casi por completo. Trabajó principalmente el Derecho civil –que era, entonces, el centro de gravedad de un bufete- con don Felipe Clemente de Diego y con Sánchez Román, a la vez. Su formación jurídica fue concienzuda y extensa; metódicas y escogidas sus lecturas fueron rigurosamente dirigidas al fin de su preparación profesional. Es cierto también que José Antonio intervino –y de manera muy importante- en la política escolar de entonces, aunque por nuestra parte era más bien aquella intervención empeño en defender a la Universidad de un peligroso intrusismo político, que nosotros denunciábamos –todavía a tiempo- contra la que resultó imprudencia efectiva de personas rectas y bien intencionadas con las que noblemente luchamos, y también de algunos –entonces- profesionales de la prudencia. Es éste grave tema del que ya me ocupé –un poco ocasionalmente- en otro lugar, y sobre el que un día quiero volver con el detenimiento que merece. Pero lo que pudiéramos llamar nuestra actividad política no nos apartó nunca de lo principal: los estudios, las clases, los seminarios, las bibliotecas. No había entonces el profesionalismo (aunque pronto lo inauguraba el célebre Sbert) que luego serviría a tantos estudiantes par no serlo o para serlo eternamente.

La vocación universitaria de José Antonio dio su fruto: por de pronto le convirtió en el escritor, orador y el ensayista cuyas delicadas y tersas cualidades de estilo han aportado al acervo de la literatura política española indudables virtudes de renovación, en buena parte continuadoras de las que iniciara Ortega y Gasset que fue, en lo intelectual, su maestro tal vez más próximo y decisivo. Nació y vivió José Antonio en un momento altísimo de las letras españolas. Utilizó expresiones políticas rigurosamente inéditas. Desarrolló una profunda labor de profilaxis sintáctica en lenguaje político, y, con la propiedad, la precisión y el rigor del suyo, marchitó muchas expresiones que hoy ya no pueden utilizarse –“gente de orden”, “derechas”, “izquierdas”, etc.-. Como después de Azorín no puede escribirse como se escribía antes, tampoco después de José Antonio no se pueden emplear en el lenguaje político las formas anteriores. Para mí tanta verdad en esto, como que muchos de sus seguidores (más todavía entre los nuevos), se dedican a cultivar un remedio falso y ridículo; una retórica falsa, manejando de manera hipertrófica –“opportune innopportune”- las bellísimas imágenes que él usara con tanta parquedad. Esta actividad literaria de José Antonio quizá hubiera alcanzado otros aspectos (de hecho ensayó géneros literarios puros como la novela) si en lugar de ponerla al servicio de la política se hubiera limitado a acompañar de manera marginal su más grande y profunda vocación; aquélla para la que se había preparado con pasión y metódico esfuerzo en sus años universitarios: “mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad” como dice en su testamento con palabras que conmueven transidas de nostalgia. Cuando terminó su carrera José Antonio no tuvo, en este aspecto de su vocación, ninguna clase de vacilaciones. Y aun antes de concluirla su decisión era firme: ejercería la profesión como abogado libre, sin buscar la protección, el seguro, el cauteloso amparo de un puesto en algún escalafón a través de unas oposiciones, “ese monstruoso instrumento de tortura –decía- que nada selecciona de verdad, pero que aniquila, disminuye o limita tantas capacidades”. (Casi riñó conmigo cuando dije que estaba preparando unas).

Con motivo de esta actitud suya frente a la lucha profesional es oportuno recordar que, pese al autoritarismo de su concepción política, se dijo de él alguna vez que en el fondo era un liberal, lo que sólo será en alguna medida exacto si matizamos debidamente esa afirmación, ya que teóricamente, doctrinalmente, es evidente que no lo era. José

Antonio, que irrumpe en la vida pública cuando liberalismo y capitalismo están en crisis en todo el mundo ¿cómo iba a defender ni lo uno ni lo otro? Pensó, por el contrario, en la urgente necesidad de un movimiento nacional que replantease y transformase enteramente la vida de nuestro país y concibió el Estado –no hay que tener miedo a decir la verdad- como un instrumento totalitario al servicio de la integridad de la Patria. (No es ésta ocasión de explicar cómo luego –vivía en un proceso de constante maduración- se liberó de esa influencia italiana). Fue sí liberal por la vía del temperamento y de la sensibilidad, esto es, por donde el liberalismo significa un nobilísimo valor humano. Y lo fue, al menos, en el sentido de que un temperamento verdaderamente liberal (no un mero *beato* del liberalismo) más que por otra cosa se distinguirá por su inclinación a enfrentarse a cuerpo limpio con la vida, sus luchas y problemas, sin tutelas, protecciones ni seguros. Para tomar esa postura hay que sentirse sobre todo fuerte y seguro de sí mismo como José Antonio se sentía. Sin tener entonces una posición económica brillante, la renuncia a aquellas precauciones de un empleo seguro, de una colocación como base, era un acto de valor y de confianza en sí mismo. Y por lo mismo también aspiraba a ganarse la vida limpiamente y sin ventajas. Quiso que sus ganancias nacieran legítimamente de su trabajo profesional, al aire libre de la calle, en noble competencia limpia de polvo y paja y de concomitancias con el Poder, desde el cual, o por el cual, todas resultarían bastardas. Su padre había accedido ya a la Dictadura y ello determinó en José Antonio una preocupación casi obsesiva: librarse *profesionalmente* de su honroso apellido, para evitar toda ayuda o provecho que su condición de hijo del Dictador pudiera depararle. Fue en esto implacable hasta la susceptibilidad. Más de un caso conozco en el que plantó en la calle a los clientes que a él acudieron esperando algo de su condición de allegado al Poder. Aun con tantas trabas y escrupulosa autolimitaciones, pronto su rigor intelectual, su excelente formación, su seriedad, su responsabilidad y su expresión elocuente y precisa, “*ab usu dicendi remota*”, hicieron de él un gran abogado. (Bergamín –el más lúcido- Sánchez Román –el más técnico- de los abogados de aquel tiempo –políticamente enemigos suyos los dos- dieron de ello público y autorizado testimonio). Su amor por la abogacía se apoyaba en el profundo y verdadero respeto que sentía por el Derecho como disciplina humana y en el deleite espiritual que le proporcionaba la penetración en su contenido racional, ordenado en sistema de verdades, en el que ser hermanan la perfección formal con la solidez lógica. Admiró la teoría pura del Derecho de Kelsen –entonces muy en boga- principalmente por la belleza formal de su explicación de la unidad de aquél. Y tenían sus escritos tanto rigor que para ellos también conserva vigencia la frase de Leibniz dedicado a los escritos de los grandes juristas de Roma. ¡Qué lejos todo esto de la idea que el vulgo (aquí especialmente necio y extenso) tiene de lo que puede ser, de lo que en esencia es –independientemente de lo lamentable que con frecuencia, históricamente, pueda resultar, moral e intelectualmente-, tan elevada profesión!

EL HIJO

Hay un capítulo en la juventud de José Antonio del cual, *históricamente*, no podría yo dar fe, pero de cuya certeza moral no me cabe la menor duda. Pese a la confianza con la que de todo me habló es ésta una intimidad que yo conozco; el cariño, el respeto, el sentido de la dignidad familiar de José Antonio, la mantuvieron siempre en el mayor secreto. Me refiero a la discrepancia del hijo, del José Antonio joven, para con su padre –el Dictador- en punto a opiniones, criterios y maneras en lo atañerte a la vida pública,

que alguna vez los enfrentó. Estoy seguro, repito, de que esto ocurrió y es natural que ocurriera, por sus diferencias de formación y temperamento, dentro siempre de la reverencia, la sumisión y el acatamiento en última instancia, del hijo para con el padre. Lo que no quiere decir que José Antonio no estimara la obra de gobierno del General Primo de Rivera; pues, muy al contrario, con toda convicción, la consideró y calificó siempre como obra de buen gobernó. Y personalmente tuvo gran admiración por él, de quien dijo que “tenía la misma exuberancia de espíritu, la misma alegría generosa, la misma salud, el mismo valor y la misma sugestión sobre las multitudes que un gran capitán del Renacimiento”.

Creyó en su talento natural e incluso en su sentido político, aunque yo pienso que creyó mucho menos en su imaginación política. Más adelante –hombre ya- después de afirmar, recordando con orgullo palabras de Ortega y Gasset, que la Dictadura estuvo encarnada en un hombre que tenía cálida el alma, templado el espíritu y clara la cabeza, señaló que a la Dictadura le faltó una gran idea central, una doctrina elegante y fuerte. Esta reserva que honestamente formuló de modo privado primero y públicamente después, no fue obstáculo para que el sagrado deber de defender la memoria de su padre –su honor, su patriotismo y su buena fe-, decidiera dramáticamente su destino, arrastrándole a la acción política. Sin ese tirón moral es más que probable que hoy siquiera entre nosotros, formulando recursos de casación en el ejercicio de la profesión que tanto amó.

En su manifiesto electoral dijo al país: “La memoria del General Primo de Rivera en las Cortes tendrá cuatrocientos acusadores y ningún defensor”. “Los demás acusadores podrán, al menos, designar quien los defienda; mi padre, no, porque, muerto ya, no es siquiera parte en el proceso de las responsabilidades.” “Y eso es una tremenda injusticia. *Sólo* para eso quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la memoria sagrada de mi padre...”

“...No me presento a la elección por vanidad *ni por gusto de la política, que cada vez me atrae menos...*” “...Porque no me atraía pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio –ejemplar y excepcional discreción y delicadeza- ni actué en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi *vocación está entre mis libros* y que apartarme de ellos para lanzarme al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras las Cortes, ante el pueblo, sigan lanzando acusaciones contra aquella sagrada memoria. Quiero ir a defenderlo... necesito defenderlo, aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, y no cesaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el General Primo de Rivera merece su gratitud.” Y termina: “El General Primo de Rivera pacificador de Marruecos... servidor de su país en seis años de gobierno, que le vio subir al Poder a los seis años rendido, viejo y herido de muerte... hombre bueno que se fue de la vida sin el remordimiento de una *crueldad* y al que mató más que el cansancio de seis años de trabajo la tristeza de seis semanas de injusticia”.

Fue, pues, preciso que se acumularan las injurias, las calumnias, las apreciaciones más torpes e injustas, pero sobre todo que se multiplicasen las defecciones, las cobardías, y las negociaciones de quienes debía fidelidad a la causa derrotada, para que él se sintiera en el deber de asumir, casi solo, una carga tan pesada. (Hubo colaboradores ilustres y leales pero tan enconadamente perseguidos, expatriados algunos, que apenas pudieron hacerlo.) Quizá si todos los que estaban obligados a ello se hubieran mantenido en su sitio no habría sentido él ese deber de modo tan inexcusable. (Es la turba de los fieles a

todas las causas victoriosas, capaz de pasar en un instante de la sumisión servil e incondicional a la también borreguil desbandada. Era la hora incómoda y del riesgo, no la de los gestos serviles y adulatorios. Los “leales” disueltos, quedaba uno: el que discrepó, el que discutió, el que advirtió; ¡el verdadero leal!: el hijo.)

El hecho es que fue el nombre de su padre quien le obligó a torcer su vocación de luchador en el campo de una profesión independiente y acaso también a la más grave torcedura de su constitución espiritual. Porque lo cierto es que su constitución espiritual y mental era la de un intelectual que anhelante buscaba la verdad habituado a la problemática, a la duda metódica, que su persecución exige. Y frente a esta actitud del intelectual, la otra actitud del político que ha de decir sus palabras –nunca del todo maduras- del todo y para siempre –“lanzar robustas afirmaciones sin titubeos”-, y en pos de ellas ha de embarcarse sin retorno posible, estoy seguro (hay mil muestras de ello en sus escritos) que no fue para José Antonio una perspectiva deseable. Y si afrontó, virilmente, ese deber lo hizo en tal concepto: ¡como deber!

Su vocación fue, pues, intelectual, y su destino político; aunque en su acción política se condujera luego con arreglo a su constitución intelectual, por lo que tuvo con los demás no diferencia de grado sino de esencia. (Por ello no puedo estar de acuerdo con la tesis que de su vocación política sostuvo en esta misma tribuna un joven inteligente y de muy sólida formación –Director otro tiempo de las revistas “Alcalá” y “La Hora”-, estableciendo la identidad VOCACIÓN = DESTINO, a través de la construcción de un teologismo, no sé si del todo seguro, para llegar a la demostración de su tesis. “Que Dios nos llama, precisamente, a través del mismo quehacer para el que nos envía”.)

Otra prueba de mi tesis es ésta: no es corriente en los hombres con vocación política o con “pasión de mandar” (como diría Marañón), estimar y sobreestimar a los rivales o concurrentes en el ejercicio o en la aspiración del Poder. Pues bien, en la vida de José Antonio es constante lo que, usando un lenguaje jurídico mercantil, pudiéramos llamar “el sueño del endoso o de la transferencia”: constantemente desea que sea otro quien realice sus propios ideales en servicio del país; que otro encauce el propio proyecto que él tiene para la vida pública, y que se alumbré un Jefe nacional para realizar la revolución que considera necesaria. Y así después del triunfo de la “Unión de Derechas” en 1933, atraído por las condiciones parlamentarias de Gil Robles –al que considera prisionero de una mala escuela- le exhorta para que convierta aquel resultado electoral favorable en la ocasión de realizarla. Ante el triunfo de Azaña tampoco vacila en exponer sus esperanzas de que aquel intelectual desapacible a quien considera dotado de una dialéctica severa, traiciones a los demagogos insolventes y se convierta en el César que el Estado español necesita para cumplir en su misión histórica. (Azaña... “intelectual de minoría, escritor selecto y desdeñoso..., dialéctico exigente y frío...” Pero el ateneísta arisco y misterioso que llegaba en ocasión propicia para realizar experiencias sorprendentes y recortar un pueblo a su talante... “se dedicó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad”. “España pasó por sus manos de Dictador, atormentada como por las de un masajista asiático...”) ¡Otra ocasión pérdida para España! Y... para que él pudiera, con tranquila conciencia de español, abandonar su empresa política, y regresar a sus aficiones más gratas. Otro día, sentados juntos en los escaños del Congreso, escuchábamos un discurso que, con motivo de la discusión del presupuesto de Obras Públicas, pronunciaba Indalecio Prieto. Al principio, José Antonio, que no sentía respetos humanos para nada que no pareciera verdadero, ser reía de los trémolos, del retoricismo y de los ademanes mitinescos del

líder socialista. Pero de pronto la voz del tribuno adquiría acentos cálidos de sinceridad y de pasión ante la idea de un gran futuro español, buscando la revalorización y la redención de nuestras tierras pobres por medio de los grandes planes de obras hidráulicas. Aquello ya era otra cosa; dijérase que aquella tarde la sombra gigante de Joaquín Costa cruzaba el hemicírculo donde resonara el eco de su voz profunda y lejana, y desde aquel punto José Antonio siguió el discurso con creciente atención. Al terminarlo, con su habitual independencia, comentó: “¡Qué lástima! Un hombre capaz de emocionarse, de exaltarse así, con verdadera elocuencia cuando habla de la grandeza de España, mientras esos otros energúmenos que le rodean sólo piensan en su destrucción y su hundimiento, debería tener la consecuencia y el valor de tirar por la borda todos los lastres de plebeyez y de vulgaridad demagógicas. ¡Qué lástima!, porque él sería el jefe natural de un fascismo español, de un socialismo nacional, que nos ahorraría toda la sangre y los sacrificios que han de venir. Y cuánto más cómodo le resultaría a él que a mí, puesto que tiene de un modo inmediato lo que a mí me falta; yo para las masas seguiré, aún durante mucho tiempo, siendo un señorito, el hijo del Dictador”.

SU CONSECUENCIA

Tuvo José Antonio una esencial consecuencia –nada parecida, por cierto, al empecinamiento-, que no excluía, sino al contrario, incluía, evoluciones y rectificaciones, aunque sin avenirse jamás al oportunismo. Esa nota de su carácter fue sin duda acentuada al decidirse por la acción política que tuvo que endurecer por fuerza a su espíritu de consecuencia; lo que es evidente que no ocurrió sin dura lucha consigo mismo, con su forma mental más flexible, la propia de un intelectual (dicho sea en términos generales, claro está, que no excluyen la granítica posición de algunos que por tales intelectuales pasan), que ha de ser consecuente consigo mismo en cada momento, pero con posibilidades autocríticas y revisoras infinitamente mayores y con márgenes de rectificación muchos más amplios. (He recibido con motivo de este acto una carta de Azorín en la que dice que José Antonio era curiosidad intelectual y gusto de la acción.) Buena prueba de cuanto digo era la patente insatisfacción, la perplejidad que a veces producían a José Antonio algunas de sus ideas o posturas y que (esto extrañará muchísimo a los que creen conocerlo y sin embargo lo desconoce esencialmente) pocos hombres han sido menos propensos que él al fanatismo, al absolutismo y a la inflexibilidad. Su preocupación por un estilo intelectual de vida –incluso dentro de la acción- se mantuvo siempre y ella le llevó a estimar las cualidades intelectuales de los demás, de los que realmente tenían. Su repulsión por lo vulgar, su probidad y su lealtad para con la inteligencia, le impusieron la admiración, el olvido y el respeto por los hombres que habían sido sañudos enemigos de su padre y que tampoco aprobaba su propia política, aunque es seguro que no desconocían su elevación. Se rendía a los valores ciertos con la misma sinceridad con que despreciaba a los falsos, donde quiera que estuvieran unos u otros. Recuerdo, a propósito de estas estimaciones, la actitud de José Antonio al regresar de su viaje a la Italia fascista. Admiraba mucho a Mussolini –al hombre y al político extraordinario que fue el Duce y que tanta influencia ejerciera sobre él-; y su conocimiento personal aumentó esa admiración. Pero el conjunto del sistema y de sus hombres (pese a que allí reconociera realizaciones y progresos considerables) no le dejó enteramente satisfecho y dudaba si aquello tendría la aprobación e importantes sectores del país. “Me hubiera gustado pulsar el humor –me

decía- de otra gente elevada en los planos del pensamiento, de la cultura y la conducta, para saber cómo juzgaban el sistema.” El, que nunca padeció esa beatería intelectualista que destruye la independencia de la inteligencia y que sabía muy bien que la pasión política corrompe con frecuencia el juicio de los espíritus más agudos, pensaba que tampoco se podía llegar a dar por definitivamente sancionado un sistema del que estuvieran absolutamente detenidos o al que fueran hostiles los mejores. De aquí que no se dispensase esfuerzos para obtener en alguna medida la aprobación de aquellos a quienes también en algún aspecto consideraba espíritus superiores y así creo que debe ser interpretado su célebre y hermoso escrito de homenaje y reproche a Ortega y Gasset, su visita a Unamuno en Salamanca y su encuentro con Marañón en Madrid.

Es que el universitario sensible a los verdaderos valores persistió siempre en él. (Hay muchos universitarios fuera del recinto oficial de la Universidad y dentro de él algunos que no lo son. Y me urge matizar esa faceta de su personalidad con estas rotundas palabras suyas: “Seamos universitarios, pero también partícipes en la tragedia de nuestro pueblo”.) No se olvide que José Antonio, aparte de su profundo sentimiento español, llega al patriotismo por el camino de la razón y de la crítica y por eso aun a los que, a su juicio, no vieron del todo la verdad o viéndola no se decidieron a entronizarla –reproche a Ortega- les agradece el que “deshicieran a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras”, y sólo les reprochó que no añadieran a su crítica mayor efusión. Porque él tampoco amaría ni “el optimismo desvergonzado”, “ni las confusas vegetaciones”, “ni el panegírico y laudo al cesante de España mediocre plegada al gusto zafio y triste”. Y frente a las mentiras y tercerías, quería una España limpia y elevada, proclamando “su amor por la eterna e incommovible metafísica de España”.

(Por cierto que Marañón señala, muy certeramente, en su prólogo al libro de Díaz Plaja “Modernismo frente a noventa y ocho”, que cuanto José Antonio le refirió sobre sus proyectos –*sus sueños*- en relación con la reorganización de la vida española, a lo que más se parecían era la política de Costa. Eso es verdad, pues aquel coloso aragonés avivó sin descanso la conciencia nacional en trono al gran problema del campo que tanto preocupó a José Antonio. Y hermanando tradición y el progreso abogó por la reconstrucción de los patrimonios comunales, por la extensión de los regadíos y de la repoblación forestal, por los sistemas jurídicos en los que la propiedad familiar no se disgrega, por la instrucción de las gentes del campo como medio de redimirlos de la servidumbre caciquil y de la miseria usuraria.

Hace tiempo comencé un trabajo para la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que benévolamente me eligió veinte años atrás, estudiando el paralelo entre el “regeneracionismo” de Costa y la “Revolución” nacional de José Antonio; o por lo menos el antecedente que aquél constituye en relación con éste.)

Pero advierto, como todos habréis advertido, que aquel joven barbilampiño de ojos claros, iluminados por la fe y la ilusión o velados por la melancolía, con quien un día, camino del viejo caserón de San Bernardo, inicié un diálogo sobre España que sólo la muerte cortaría, se nos ha convertido ya en *un hombre*, un hombre hecho, seguro de haber asumido un destino penoso, trágico e ineludible. Es ya el jefe de un movimiento político en marcha. –Un poco después se convertirá en un mito público-. Por hoy dejémoslo allí, en el punto desde el que arrancó para su irremediable sacrificio; donde será por unos olvidado, exaltado, confundido o transformado por otros. Y cabe

preguntarse si al fin de tanta historia pasada no se nos habrá escapado el hombre. Y también si el hombre ha sido comprendido y aceptado en su verdad. (Tal vez lo que él dijera, amargamente, de su padre, puede decirse de él con mayor justicia: que padeció el drama de que no los entiendan los que no quieren y no los quieran los que podían entenderlos.)

Pero aunque lo dejemos en aquel punto, para volver otro día sobre su persona y su obra, no podemos dispersarnos ahora sin recordar que mañana se cumplen veintidós años de su muerte. Un testimonio escrito –su testamento-, documento admirable, nos permite afirmar que hasta su hora última fue acompañado y sostenido por las mejores virtudes de su vida: el decoro, el rigor y la sencillez, la elegancia y la firmeza. Y en ella, con estremecedora serenidad, sin debilidades ni jactancias con la armoniosa medida de la que hizo ideal y disciplina toda su vida, pasa revista a sus afectos, pesa sus culpas, vierte en criterios de gran sobriedad sus ideales, pide perdón y perdona y se dispone –en la definitiva soledad- a consumir su ofrenda.

Por encima de todos los tópicos su recuerdo queda, quedará; y cuando la acción implacable del tiempo haya arrumbado muchas cosas, incluso muchas de la que se refieren al mito sobrepuesto a su persona, quedará el valor puro de su figura humana, de su grandeza verdadera.

Esta conferencia fue pronunciada en la Tribuna del Círculo Medicina, en acto organizado por Pilar Primo de Rivera, Delegada Nacional de la Sección Femenina, el día 19 de noviembre de 1958, víspera del vigésimo segundo aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera en la Prisión Provincial de Alicante.

MISA POR MUSSOLINI

Es ya ley de la vida histórica que cuando cae un gigante –y no es seguro que los gigantes tengan que caer más fatalmente que los pequeños, pero si más notoriamente-, todos los enanos del contorno se sienten como “autoagigantados” y, respirando con nueva suficiencia, se ponen a considerar cuánto más inteligentes y sagaces fueron ellos que el caído. Así, cuando tras su declinación política y humana, Benito Mussolini fue asesinado, todos los enanos trascendentes de la tierra parecieron crecer (y, desde luego, ellos así lo creyeron) unos cuantos palmos en evidencia y sabiduría. Pero lo cierto es que él –ellos no son objeto de este artículo- había sido un gigante de verdad, elevado por su propio esfuerzo desde la pequeña herrería de Predappio, donde trabajara en la fragua de su padre –pasando por sus experiencias de albañil, de maestro de escuela, de periodista y de soldado-, hasta las más altas cumbres del Poder. De un poder que el ejerció egregiamente, con vocación de hacer Historia, cualesquiera que fueran sus flaquezas, errores o injusticias, que ésas –fuera del falso mundo de la propaganda- son cosas inseparables de la condición humana.

El asumió y ejerció ese poder con ánimo creador y no como el tirano, para quien el Poder, o su disfrute, son fines en sí mismos. Nadie podrá negar –a la hora de juzgar su

obra- que ensayó el replanteo de la vida pública italiana y de su estructura estatal sobre bases nuevas y con aspiraciones de alto alcance. Que alentó la vida entera de su pueblo, mejoró su economía, humanizó las relaciones entre el capital y el trabajo, depuró el estilo popular de la vida, sacudió la pereza y el conformismo y abrió horizontes a la juventud, despertando en ella el orgullo de su ascendencia romana con invocaciones que acaso fueran artificiosas y retóricas, pero que estuvieron a punto de engendrar realidades muy ciertas. ¿Qué luego vino la catástrofe? Ello es verdad (son los genios los que conocen los grandes errores y... los grandes aciertos); mas también lo es que no faltó mucho para que llegase el triunfo, y a muy bajo precio por cierto.

Sin embargo no es ésta prueba última, azarosa, aventurada y, si se quiere, imprudente de su fortuna, la que nos da la medida de su estatura, sino, ante todo, su espíritu de creación y su intuición sobre la fatalidad de un orden nuevo, Italiano esencial, radical (en esto como en todo), prefirió la ley al arbitrio y la precisión de un orden jurídico a la holgura de una voluntad sin límite. El Derecho y el encuadramiento del orden moral estuvieron entre sus primeras y más urgentes preocupaciones, como dan de ello testimonio estos dos hombres: Alfredo Rocco y Giovanni Gentile.

Rocco, el “guardasigilli” del Estado fascista, no fue el hombre de ocasión que ocupa como de relleno el Ministerio de Justicia, a la manera de un departamento suntuario o de buenas apariencias. Herederos de la tradición jurídica más ilustre del mundo, reverentes con la Jurisprudencia, sabedores de que la Justicia es el eje de marcha de toda comunidad civilizada, Mussolini y su ministro buscan el concurso de las mentes más cultivadas del campo jurídico para plantearse, sin trampantojos, mentiras ni falsificaciones, el problema de la reforma de las leyes anteriores y la promulgación de un nuevo ordenamiento positivo; y su labor, que va desde la reforma del código sustantivo hasta el de procedimiento civil, se realiza de un modo responsable y serio, sorteando la peligrosa mezquindad de silenciar o eliminar ningún valor importante.

En el orden general del pensamiento, Gentile –uno de los hombres del moderno idealismo italiano- preside una larga etapa de la creación mussoliniana. (Por cierto que, apartado luego de la actividad política, disidente, pero fiel, sucumbió a manos de “la resistencia”, oyendo de sus verdugos estas palabras: “No te matamos a ti, matamos tus ideas”.)

Y ni siquiera faltó el contrapeso o la censura de un Benedetto Croce, situado en una oposición franca y decidida, que, respetado en su libertad intelectual, pudo, desde su altura, escribir y desdeñar lo que quiso (y tengo idea de que, si bien nunca lo ocupara, incluso se le respetó su escaño de senador -¡qué distinta, filósofo, la generosidad de unos y otros!-), constituyendo un lujo del fascismo, como, con buen humor, lo calificara un día el propio Mussolini, en conversación conmigo.

* * *

A la luz de estas realidades es como yo sigo viendo a aquel gran hombre que un día cayó para siempre. Entonces su carga humana de limitaciones y debilidades –esgrimida por todas las genticillas del orbe- comenzó a contar más que su grandeza. Unos se apresuraron a escarnecerle, otros a regatear sus méritos, no pocos a pagar sus buenas obras con la mala moneda del olvido. Eran aquellas las horas en que imperaba en el

mundo “civilizado” la mentalidad criminal de Nüremberg, y sus ejecuciones sombrías multiplicaban las defecciones, las “conversaciones” y las ingratitudes.

Entonces un puñado de fieles –fieles religiosa y políticamente-, italianos y españoles, se reunieron para organizar –un poco como en ambiente de catacumbas- una sencilla misa por el alma de aquel hombre, tan aclamado en otros tiempos y confesado por muy pocos después de su muerte. Recuerdo que, en el tercer aniversario, nos reunimos en una iglesia de Madrid regentada por una Comunidad que cuida la liturgia con gran esmero. De pronto, a la hora de la elevación, el órgano –en manos, sin duda, de algún exaltado fascista- atacó de un modo vivaz y jactancioso las notas de “Giovinezza” se ha vuelto a tocar, pero ahora de forma inolvidable y con tal adecuación que a todos nos ha conmovido. Parecía como si el tiempo, en su acción depuradora, hubiera conseguido fundirlo y acomodarlo todo: la unción religiosa y el lirismo civil, el ambiente de intimidad y recogimiento de la capilla donde orábamos y las ásperas emociones de los viejos desfiles y “Adunatas” en Piazza Venecia, en la Vía dell’Impero o en Foro de Mussolini. El hábil manejo del contrapunto por un organista inteligente hizo brotar lentamente, en una armonización de tonalidad honda y solemne, con afortunadas variaciones temáticas de la misma melodía, la vieja canción que en su estado originario había sido aclimatada al aire libre y al clamor de las multitudes. Así, en este otro tono, el mismo himno ya no resultaba atrevido, sino nostálgico y ritual. Ni distraía nuestra piedad ni turbaba nuestro recogimiento, sino que los ahondaba emotivamente. Y nos relevaba claramente que ninguna razón había ya para no añadir a la ofrenda de nuestras oraciones del himno de una juventud cristiana y de un régimen que reconcilió en Letrán al Estado con la Iglesia.

Era justo y decoroso que aquel himno que jubilosamente saludara tantas veces al Duce entre aclamaciones y banderas, en las horas en que él tuvo la mayor ilusión de su pueblo, contribuyese ahora –dulcificado- a acendrar su recuerdo. Los años no transcurren en balde, y entre la “Giovinezza” irruptora de hace unos años y esta de 1954 algo ha pasado; la pasión se desvanecido y la emoción queda. Lo que fue causa para tomar partido es ya objeto de Historia y de sosegada evocación.

(7-5-1954)

A LOS DIEZ AÑOS

Han pasado diez años ya desde la muerte de Mussolini y las bárbaras profanaciones de Piazzale Loreto, cuando Italia desahogaba la amargura de la derrota en los excesos sangrientos de esa cosa horrible que es siempre la guerra civil. Todo estaba entonces perdido: arrebatadas las colonias, segregado de la metrópoli algún territorio, ocupado todo él, desde el Sur hasta el Norte, por tropas extranjeras, menospreciado el nombre de la nación por las grandes potencias con las que pocos años antes Italia se había igualado en las conferencias internacionales. Apelando a la tutelada espontaneidad de su «demos», mientras se desmoronaban las instituciones unitarias de su patria, agobiado

por la pesadilla de la guerra civil, el italiano medio se veía obligado a optar entre la llamada democracia cristiana y una real democracia soviética. En aquel punto agudo y vidrioso de su vida, parecía como si la improvisación de un odio común al ídolo de ayer fuera lo único que pudiera unir a todos los italianos. Y para sacudirse dos o tres años de zozobra y unos meses de tragedia, Italia se sacudía también veinte años de orgullo. Mientras tanto la libertad, bien el máspreciado por el que siempre han latido los corazones italianos, aparecía aún como en rehenes ante el empuje masivo de la revolución y del miedo a la revolución.

Así se inventó, entonces, la «guerra de Mussolini» y así, echando todas las culpas –o las ilusiones- de un pueblo entero sobre las espaldas del gran hombre caído, Italia volvía a vivir. Y así resultaba que la guerra era la de Mussolini y no la de Italia, y la derrota había sido sólo de un hombre y no de una nación. Y tengo por seguro que si los hombres que ya no están en este mundo siguen ocupándose desde el otro (con los mismos afectos que en vida tuvieron) de las miserias de este nuestro, Mussolini estará contento, y hasta orgulloso, de haber prestado al pueblo que tanto amó este nuevo servicio de asumir la responsabilidad de todas sus culpas y sus infortunios. Porque él, un hijo del pueblo que puso todo su afán en ser padre del mismo pueblo, hubiera sido enormemente comprensivo para con el egoísmo vital y filial de los suyos y más le hubiera satisfecho esa genial voluntad de continuar la vida a toda costa –que ha sido siempre la más constante capacidad italiana- que un funeral de fidelidades ya inútiles y tardías.

Todo fue con la derrota como era natural que fuera. Mussolini pagaba con su vida - ¿Para qué podía quererla ya?- Si en Piazzale Loreto se le fue la zarpa a la fiera de un modo vergonzoso, a Mussolini todo aquello poco podía importarle. Mejor que nadie sabía –lo había escrito- que no iba a ser dejado tranquilo después de muerto, que su nombre había de ser piedra de escándalo y tema de contradicción. Sólo aspiraba a que sus huesos alcanzasen ese mínimo derecho de la ciudadanía a disponer de unos palmos de tierra, donde se detuviera la furia de los hombres. Tengo bien en cuenta que juzgar hoy con sensibilidad y criterio pacíficos –civilizados, objetivos- aquellos sucesos de una hora turbia de la historia que pasó, sería un error de perspectiva; pero han pasado ¡ya diez años! A través de los cuales Italia ha continuado su vida y ha conquistado (aunque con visible precariedad moral) una paz aceptable. Si mucho ha hecho para ello la voluntad de vivir y trabajar de los italianos –pueblo inteligente y laborioso si lo hay-, no menos contribuyeran su tolerancia, su capacidad de olvido, su escaso rencor y su respeto por la vida humana. Por ello, y pese a las grandes tensiones de su política, los italianos han firmado armisticio entre sí y también con los muertos. Para todos hay ya paz en la tierra, para todos menos para Mussolini. No ya su nombre o sus ideas (que ahora no se trata de eso), sino sus restos mortales están todavía proscritos en su propia tierra.

A estas reflexiones, silenciosamente, estaba yo entregado hace unos días en la misa que todos los años se celebra en Madrid por el eterno descanso de su alma. Acto religioso, ya tradicional y familiar entre nosotros, que ha logrado una justeza, a la vez sencilla y solemne, emocionante. Los centenares de personas que a él asisten lo hacen-todas-por devoción y con sinceridad, lo que nos compensa de la falta de algunas otras que debieran estar allí y no lo están. También el que algunas hayan vuelto después de larga ausencia, noblemente, porque lo han hecho en circunstancias que no pueden favorecerles políticamente. Muchas de ellas me expresaron su deseo de que como en

otros aniversarios dedicara en éste unas líneas al gran hombre, cosa difícil, pues ¿qué podrá decirse de él que no se haya dicho ya en estos diez años? Su figura y su obra han dejado huella imborrable en la Historia y si no se trata aquí –repito- de anticipar el juicio último de ésta que es patrimonio de las generaciones venideras (espero que éste se parecerá más al que hoy tenemos sus amigos –al menos en orden a su estatura moral- que al que por conveniencias tácticas y oportunistas se apresuraron a improvisar sus detractores), sí considero un deber hacerme eco, desde esta España que tanta amistad le debe, del hecho increíble de la proscripción de sus restos hurtados a la paz de la tierra, a la piedad de sus parientes y a la lealtad de sus fieles.

La facultad de elegir el trozo de tierra bajo el que reposen nuestros huesos es uno de los derechos elementales del ser humano y el respeto a ese derecho constituye obligación sagrada –ineludible- tanto para los herederos como para la sociedad; siendo exigible el máximum de reverencia cuando el testador ordena que su cadáver se inhume en el panteón familiar. Así ha sido siempre. En la antigüedad las costumbres familiares, envueltas en los ritos religiosos, imponían la sepultura del paterfamilias en la propia casa, donde se rendía culto a los lares. El Cristianismo no sólo acogió con especial amparo ese derecho de elección de sepultura, sino que sentó la presunción de que, habiendo sepulcro familiar, en él debería verificarse la inhumación. Y así el “Codex Iuris Canonici” (canon 1.223) dispone que, de no prohibirse expresamente, a todos es lícito elegir cementerio para ser enterrados en él; y que elegido sepultura en otra parte, en aquel se ha de sepultar.

Estas normas de universal vigencia –ante las que, como diría nuestro Rubén, se humedece el áspero hocico de la fiera- nunca se han violado sin escándalo. Por ello resulta difícil de entender que la violación se produzca en un pueblo tan civil y cristiano como Italia, donde la amnistía ha alcanzado ya a todos y en cierto modo –en lo que al nombre se refiere- al mismo Mussolini como lo prueba el gesto elegante del municipio romano que conserva el nombre del Duce en el obelisco del que ahora se llama “foro itálico”.

Ningún informador objetivo, ni siquiera en Italia, y pese a las leyes que persiguen la apología del fascismo, ha dejado de proclamar la grandeza real de la obra mussoliniana en cuanto atañe a la mejor capacitación del país, de tal manera que sin ella esa recuperación italiana que el mundo considera como ejemplo, no habría sido posible. Hoy, el Mussolini sombrío de las discriminaciones de última hora y de la aventura bélica va cediendo su puesto en Italia al Mussolini de las grandes obras, y al restaurador del orgullo nacional. El pueblo italiano ya no participa en el rencor de una política que llamándose cristiana se obstina en mantener una situación tan falta de piedad como ese secuestro de un despojo que ya no es más que tierra y, sin duda, tierra italiana.

No tenía Mussolini en los últimos días de su vida grandes cuidados por los bienes materiales; en realidad no los tuvo nunca como nunca los tiene el que de verdad se entrega al servicio de una causa y de un pueblo porque no quiere empequeñecer su destino utilizando el Poder como póliza de un seguro. Y si dejó para los suyos poca fortuna, para sí mismo no pidió otra cosa que unos palmos de tierra italiana junto a los suyos en el humilde cementerio de San Casiano, por lo que resulta contradictorio y extraño que un pueblo que un día se lo dio casi entero le niegue ahora tan poca cosa. Poco favor hacen a un pueblo generoso como es el italiano quienes le presentan ante el mundo tan desprovisto de piedad. Como cristianos frente a un Gobierno que se llama

cristiano, como amigos invariables frente a aquel gran pueblo, séanos permitido a algunos europeos –para quienes las cuestiones de humanidad no han tenido nunca fronteras- reivindicar la paz y el descanso para lo poco que materialmente queda de un hombre que, por de pronto, fue nada menos que eso –un hombre-, lo que parece en cualquier caso bastante para merecer, sin clandestinidad –cristianamente-, un trozo de tierra, unas flores y una cruz.

(8-5-1955)

LOS ODIOS DE ADOLF HITLER

La situación social e histórica en que un hombre se encuentra, las circunstancias y personas que le rodean, los prejuicios e ideas en que su mente se halla detenida en un momento dado, condicionan nuestra percepción y nuestros juicios sobre las cosas, colocándonos en un punto de vista que, como dijo Ortega, no es ciertamente el único posible. Pero todo eso –situación, circunstancias, influencias, contenidos mentales- cambia, porque está en su misma naturaleza hacerlo así. Cambian las cosas y cambian también los hombres y los acontecimientos históricos. Por eso ideas y juicios políticos, estimaciones y previsiones, no pueden siempre mantenerse invariables.

Por otra parte, cuando los acontecimientos han pasado y han dado de sí lo que debían dar, tenemos respecto a ellos nuevos elementos de juicio y también nuevos testimonios y descubrimientos –no conocidos en el momento de su elaboración histórica- que amplían nuestra información sobre aquéllos. Así, para poner el ejemplo que ahora nos interesa, no podemos tener de Adolfo Hitler la misma idea cuando lo considerábamos como portaestandarte de una nueva ideología y jefe de un gran pueblo amigo en lucha por unas reivindicaciones, que cuando, por una realidad más tarde conocida, hemos tenido que considerarlo también como el cruel aniquilador de una raza o –a la luz de sus neronianas conversaciones de sobremesa- como el profeta de una Apocalipsis desmesurada. En otro aspecto tampoco podemos considerarlo del mismo modo cuando vivíamos en la creencia de poseer con seguridad unas soluciones nuevas y adecuadas para la salud de nuestro pueblo y de Europa, que cuando el paso del tiempo y el paso de la reflexión y la experiencia han ido relativizándolas, sometiéndolas a crítica más serena y rigurosa.

No sería hombre de razón quien afirmase que en 1964 ve las cosas de España, de Europa y del mundo como las veía –por virtud de determinadas circunstancias- en 1940. Pero esos cambios de juicios y perspectivas (a los que ya me he referido en otra ocasión y que algún día precisaré más cumplidamente) no tienen fuerza bastante para librarme de la invencible repugnancia que me causa la idea de combatir o criticar a destiempo –cuando están ya pasadas y vencidas- situaciones y personas a las que el destino me hizo estar próximo cuando tenían vigencia o eran poderosas. Es cobarde indignidad el dar a “moro muerto gran lanzada”. En este escrúpulo he ido siempre incluso más allá donde la sinceridad me exigía. Fue por eso por lo que cuando escribí mi libro “Entre Hendaya

y Gibraltar” no me pareció necesario insistir excesivamente sobre la gran preocupación que a lo largo de mi gestión ministerial nos causara el carácter de Hitler, mi gestión ministerial nos causara el carácter de Hitler, alguno de los principios de su sistema y sobre todo la idea de que Europa entera pudiera quedar, sin ningún contrapeso, a su disposición omnímoda. Casi todos mis colaboradores próximos –especialmente los que me acompañaron en mis viajes a la capital del III Reich- conocían estas preocupaciones y también los que luego quisieron carga sobre mis hombros la política de amistad con el Eje, que se basaba en muy fundadas razones de interés nacional. Al redactar aquel libro en una época en que tantos se apresuraban a disimular su antigua simpatía por “el gran responsable” del siglo, ni quise rechazar enteramente aquella carga que pretendía echarse sobre mí, ni aducir en beneficio propio los testimonios de la malquerencia de aquel hombre que yo ignoraba, pero que en aquel tiempo hubiera parecido poco digno poner de relieve. Poco después la publicación del diario del general Jodl, luego la publicación de los documentos encontrados en la Wilhemstrasse y las conversaciones del propio Hitler levantan el velo que ocultaba la verdad. Así las cosas, mantener hoy mis escrúpulos de ayer, más sería afectación que elegancia.

Nuestra amistad sincera con Alemania no incluía la incondicionalidad ni mucho menos al servilismo, y estaba condicionada por los intereses de nuestro país, de cuya independencia fuimos muy celosos. Que esto no fuera satisfactorio o suficiente para un autócrata del corte de Hitler, era de suponer, y no tardé en saber que él “no quería ministros amigos, sino ministros sumisos”, y que le irritaban mi dependencia, mis reservas de católico y mi susceptibilidad de español.

Nuestra política se fundaba en razones que nadie podía ignorar. Representábamos una esperanza política que había sido favorecida por las potencias del Eje. Aspirábamos a una situación intencional que, a nuestro juicio, nos había sido negada por los poderes hegemónicos de la Europa liberal. Creíamos en la posibilidad de que el esfuerzo de las armas alemanas estableciera una Europa en que España fuera parte importante. Pese a ello considerábamos doloroso y muy inoportuno para España (agotada en su posguerra) el choque de los pueblos occidentales, en cuya contienda no podíamos intervenir sin grave perjuicio y serios reparos de conciencia pensando, además que Alemania se respaldaba aún en las seguridades del pacto germano-soviético, que dejaba detrás una incógnita sombría- Sólo cuando las armas de Hitler se volvieron contra el Este decidimos intervenir en esta nueva guerra –guerra contra el imperialismo comunista ruso- por medio de la División Azul, en la que se alistaron escritores, profesores y profesionales distinguidos en cantidad que seguramente no tiene precedentes en la historia del voluntariado militar. Durante más de dos años en la zona del río Wolchov combatió brillantemente frente a la dureza del Ejército ruso, ganándose el respeto del enemigo y la admiración de todos. Dada nuestra singular posición en la Europa de entonces, esta gloriosa unidad pagó el “tributo histórico” de nuestra amistad política con Alemania y evitó a España otras participaciones más extensas, cruentas y peligrosas. De esta manera redujo su sacrificio la España anticomunista y se mantuvo al margen de la guerra entre los pueblos de Occidente.

En el año 1941 gran parte de los Estado Mayores y los políticos del mundo consideraban segura, o probable, la victoria alemana en el área del continente europeo. También nosotros, pero siempre preocupados por el “exceso de victoria” de la Alemania nacionalsocialista y con la manera de contrapesarla. Sólo el grupo italo-franco-español unido –pensaba yo- podía limitar y reducir aquel poder excesivo. Mi amistad cada vez

más estrecha y confiada –más personal- con Mussolini y con los italianos y mi atención por lo que quedaba en pie de la Francia derrotada –la Francia del Mariscal-, estuvieron siempre en la línea de esa previsión lo que nunca dejó de hacerme sospechoso ante Hitler, con quien en toda ocasión hablé con clara lealtad. Cuando en una de nuestras primeras entrevistas el ministro Ribbentrop, en nombre del Führer, me pidió la instalación de bases en las islas Canarias, no consideré necesario consultar con nadie para rechazarlo, ni para amenazarle con interrumpir en aquel punto y para siempre las conversaciones, regresando inmediatamente a España.

Cuando Hitler, auxiliado por el general Jodl, me explicó su plan de ocupación de la Península, incluso por medio de la invasión si no la permitíamos, le aseguré categóricamente que le opondríamos resistencia armada por grande que fuera la desproporción de efectivos. No oculté en varias ocasiones a Hitler, a Goebbels, a Himmler y a Rosenberg nuestras reservas sobre las posiciones racistas (cuyo alcance total ignorábamos entonces) y antirreligiosas del régimen alemán y nuestra resistencia a cualquier programa para su extensión. Me mantuve siempre lealmente en el plano de la amistad política en la zona de coincidencias y de intereses comunes, pero también en el de la no intervención y de las grandes diferencias ideológicas. Hoy es ya evidente para todo el que sepa leer que esta clase de lealtad del amigo independiente no podía agradar a aquel hombre ni le permitía apreciar los muchos servicios que, pese a todo, podía esperar de nuestra amistad. Hoy sabemos que Hitler no era un hombre de psicología normal ni un político propiamente dicho. Era en alguna manera un genio. En Narvik y en la fulgurante campaña del Oeste como tal lo reconocieron dos grandes soldados, el mariscal Von Brauchitsch y el almirante Raeder, pese a su honrada discrepancia. Lo fue también en algún otro aspecto, pero era, sin duda, el genio de la desmesura.

A pesar de intuir todo esto no negaré que Hitler me parecía todavía en el año 1940 el instrumento histórico de la construcción de un Estado europeo; la idea particularmente atractiva para un pueblo que, como el español, venía demostrándose a sí mismo, desde principios del siglo XIX cierta incapacidad para vivir a solas consigo mismo y resolver a escala nacional sus propios problemas. Tampoco negaré que hoy pienso que Europa, la Europa esencialmente diversa, la Europa de muchos pueblos y de muchas ideas, no puede ser –ni era deseable que fuera- la obra de un héroe, de una voluntad de poder, de una potencia hegemónica, o de un grupo social o nacional dominante. Pienso que ni podía ni puede ser obra de la violencia ni del entusiasmo y mucho menos de la alucinación. Por el contrario, tenía y tiene que ser una obra concordada, con el debido respeto a la diversidad y a la riqueza de la vida; la obra de la razón reflexiva.

Quizá debamos a la lección de la experiencia hitleriana, sin olvidar la propia (al Hitler profético de las conversaciones de sobremesa, al Hitler tonante y de los odios caprichosos), la expansión de un espíritu razonable como motor ideológico de la unidad europea, de la unidad de todos sus pueblos, y no sólo de sus Estados, que sin sectarismo ni exclusividad les permita vivir a escala humana.

(28-2-1964)

SIR SAMUEL HOARE, LORD TEMPLEWOOD

A lo largo de treinta páginas he referido, en mi libro “Entre Hendaya y Gibraltar”, los trabajos de Sir Samuel Hoare, Vizconde de Templewood, como Embajador “de guerra” de Su Majestad Británica en Madrid. Ahora, mi sensibilidad no me permitiría transcribirlas, con muchos pasajes polémicos, cuando acaba de morir aquel hombre – ilustre figura de la política europea- al que, más por su decisión que por mi sentimiento, tuve que resignarme a reconocer como enemigo. “Si nunca fue mi amigo –escribía yo entonces- no me avergüenza confesar que en algún momento pensé que dos años de una relación áspera pero inteligente, y con lealtad cada uno a su causa, habría dejado entre nosotros esa huella de estimación parecida a la amistad, que suele quedar de la fricción frecuente entre dos buenos luchadores.”

Poco tiempo después, el libro en que Sir Samuel refirió los lances de su espinosa misión en España venía a desengañarme, sin embargo, sobre lo vano o inocente de mis buenos deseos. Pero no sólo la muerte, que todo lo aplaca, sino el tiempo y los acontecimientos han dejado muy atrás todas esas querellas. Y si en las páginas de mi libro alcancé, como creo, a separar serenamente unas cosas de otras, esto es, los juicios y rectificaciones que merecía el testimonio del memorialista –con frecuencia hostil y apasionado-, de los juicios que merecían el hombre, el político y el embajador, ¡cuánto más fácil me será hacerlo hoy, cuando lo que debía puntualizarse quedó ya puntualizado, y la distancia ha cumplido su acción depuradora!

Cuando avanzada la primavera de 1940 Sir Samuel Hoare fue designado por el Gobierno de Su Majestad Británica para dirigir su Embajada de Madrid, a nadie quedarle duda sobre la importancia que la Gran Bretaña y sus aliados concedían a la posición española. Hoare no era solamente un hábil diplomático, era un verdadero político, una de las grandes figuras del Partido conservador británico, rival en un cierto modo, del mismo Churchill. Llevaba treinta años en la Cámara de los Comunes, había sido varias veces Ministro del Aire, Primer Lord del Almirantazgo, Secretario de Estado para la India, Secretario de Asuntos Exteriores e Interiores, Lord del Sello Privado en el Gabinete de Guerra y, por lo que a la actividad diplomática se refiere, encargado de una Misión especial en Rusia en vísperas de la Revolución. ¡Veinte años de gobierno!

Su política de amistad con Laval y con Mussolini para lograr una mayor inteligencia entre los tres países, no lo recomendaba, por añadidura, como europeo muy en la línea de las preocupaciones dominantes ya entonces entre nosotros. Su primera aparición pública no desmintió esa sensación de acontecimiento que con razón se atribuía a su designación. Me refiero a su presentación de credenciales de la que transcribiré mi recuerdo: “La ceremonia resultó impresionante. Eran las horas críticas. Con curiosidad levemente hostil, escaso público presenciaba desde la plaza de la Armería, junto al Palacio Real, el paso del coche que conducía al Embajador inglés. El cielo estaba cubierto de nubes y caía intermitente una lluvia pequeña. Era un día gris, casi frío, desapacible. (¿También al servicio de Goebbels, loca primavera de Madrid?) En el gran patio del Palacio, majestuosamente enrejado, la compañía de honores con su banda militar interpretaba con solemnidad impresionante y casi lúgubre el “Dios salve al Rey”. A poca sensibilidad que se tuviera emocionaba oír las notas de aquel himno de un gran Imperio que en aquellos días se alejaba del Continente, quebrantando y casi en derrota. Todo el acto tenía el ambiente de una estampa funeral. Arriba, en la sala del Trono, la cortesía había adoptado un matiz de profunda seriedad. El Jefe del Estado, el Gobierno,

el Consejo Nacional, los altos cargos militares, civiles y eclesiásticos, en breves hileras de figuras silenciosas. Más grave aún, más seria, casi rígida, con una dignidad que hasta los atuendos un poco militares –impecables- revelaban, entró la Misión británica. Al frente de ella la figura de Sir Samuel Hoare, de continente distinguido, con rostro sanguíneo y levantado. En la mano derecha las cartas credenciales, en la izquierda un espadín ceñido a la cintura. El mundo, en aquellos días, los creía vencidos y ello daba una entonación especialmente dramática a su arrogancia bien medida.”

El ambiente que un hombre de esta talla había de encontrarse en Madrid no sería, al menos en los primeros tiempos de su misión, demasiado fácil. La política española tenía una dirección bien clara y justificada por razones que nadie podía desconocer: los recuerdos recientes de la guerra civil y del partido que, en relación con ella, habían tomado las potencias; la creencia muy extendida de que los resultados de nuestra guerra podían quedar remitidos al desenlace de la guerra mundial, siendo previsible una revisión de aquéllos en el caso de una victoria aliada; la remota probabilidad que para la mayoría de los españoles –equivocándonos, sin duda, como luego quedó demostrado- ofrecía esta victoria; el interés que España, como “pueblo preterido”, creía tener en un cambio en el reparto del poder político en Europa, etc., etc. Mas, por encima de todas estas razones de simpatía, había otra: la de impedir a las mismas potencias del Eje –ya en aquella sazón fronterizas- que forzasen a España, mediante una invasión o una conminación irresistible, a abandonar su posición de no beligerante, lanzándola a un conflicto que, apenas convaleciente de sus heridas internas, nadie deseaba ni podía afrontar sin riesgos gravísimos. Y aún me atrevo afirmar que no era sólo la política oficial la que se manifestaba de ese modo, sino también la mayoría del país, cuya adhesión al régimen había de ser tanto más compacta cuanto más en peligro sentía, por virtud del conflicto internacional, la victoria y la paz ante las esperanzas de desquite de los adversarios.

Es indudable que Hoare comprendió la situación con mucha claridad, y ante ella su elevada posición en la vida pública, su gran personalidad y el grado de “imperialismo personal” que estas cosas engendran, hizo que se sintiese más inclinado a la acción política que a la estricta acción diplomática. Para ambas tenía –y lo demostró- grandes condiciones, pero la imagen de una España partida, y por tanto reversible, le llevó a realizar su misión en términos esencialmente opositivos: si de una parte la España Nacional se dejaba regir por la opinión del Gobierno y también pesaba sobre ella la propaganda alemana, él quería dirigir los sectores insatisfechos del país, no sólo el de los derrotados, sino también el constituido por todos aquellos (tal era el caso de las minorías más conservadoras del país y tradicionalmente anglófilas) que no aceptaban de buen grado el tono del régimen. Quiso convertirse aquí en España en centro de la oposición política y lo hizo con decisión y con inteligente eficacia. Fue sin duda todo ello lo que hizo más áspera de lo normal y de lo necesario su misión diplomática, siempre demasiado polémica, bajo la presión de temores, sobresaltos y esperanzas que son propios de todo conspirador. (Nunca comprendió que el verdadero objetivo de la política del régimen fue evitar la beligerancia, y le sobraron ilusiones y esperanzas sobre lo que la oposición política podía dar de sí cuando el recuerdo de la guerra civil era tan reciente, tan vivo y aleccionador.)

Con su inteligencia, su gran caudal de experiencia, su habilidad, su energía y su patriotismo, Sir Samuel Hoare tuvo ocasión de rendir de rendir en España su último gran servicio a la causa de la Gran Bretaña. Puedo transcribir en su honor –me

enorgullezco de haberlo formulado aun en horas de una tremenda tensión polémica- este juicio sobre su misión: “Fue un eficaz servidor del Imperio Británico y ninguna otra misión diplomática aliada en España resultó tan valiosa, tan eficaz y tan notoria como la suya. El tuvo presencia y gravedad evidentes sobre el área de la política española y consiguió, en medida apreciable, nivelar la influencia alemana y hasta desviar a muchos sectores de la fe en la victoria del eje o en la conveniencia de esa victoria.”

Durante dos años me correspondió el honor –y hasta la fatiga- de discutir con este hombre sobre los temas más delicados y difíciles. (Dos excelentes diplomáticos españoles, en plena sazón y actividad uno, muerto, por desgracia, el otro, me asintieron especialmente en la dura tarea.) Si bien tanto él como yo defendimos siempre con gran energía nuestras respectivas posiciones, salvo en dos ocasiones el tono de nuestras entrevistas fue cortés y también estimulante, incluso en alguna, nuestra altivez no pudo evitar que fuera afectuosa.

Detrás de su dureza de luchador había un hombre sensible con mucha curiosidad por nuestros valores espirituales: leía con gran admiración a nuestra Santa Teresa, especialmente “Las Fundaciones”, y conocía muy bien a Gracián y a Menéndez Pelayo.

Terminada, con éxito, su misión en España, Sir Samuel Hoare marchó a Inglaterra para convertirse en Lord Templewood y cosechar algunos laureles y también algunas amarguras y melancolías, como es destino común de los políticos.

Hoy todo está lejano. Cedieron unas tensiones y se crearon otras. Aquel gran Imperio cuya crítica dignidad parecía personificarse en la figura arrogante de Sir Samuel Hoare, en la fría mañana de presentación de credenciales a que me he referido, es ya otra cosa. Todo es distinto. El viejo luchador descansa ya, y seguramente nos comprende. Como todos, algún día hemos de comprender. Como es de justa subrayar hoy –al margen de su gestión en España- el gran acierto de su política en el plano europeo, la gran visión de su política de acercamiento con las potencias mediterráneas; de una política que pudo cambiar el destino del mundo.

(16-5-1959)

(Nadie mejor que Ramón Serrano Suñer, ministro de la política exterior de España en una etapa crucial y trágica de la reciente historia mundial, podría glosar para los lectores de “Gaceta Ilustrada” la figura de Sir Samuel Hoare, vizconde de Templewood y ex embajador de la Gran Bretaña en nuestro país. Durante dos años, entre 1940 y 1942, Serrano Suñer ocupó la cartera del Ministerio español de Asuntos Exteriores, y en razón de su cargo, extremadamente delicado en aquella hora angustiosa y difícil de la política internacional, mantuvo estrecho contacto y especial relación con el ahora fallecido Sir Samuel. La calumniosa leyenda que a la terminación de la II Guerra Mundial se levantó contra España se fundó en gran parte en algunos de los truculentos, falsos y ofensivos juicios que Sir Samuel Hoare manifestó a su regreso a Inglaterra, y especialmente en sus Memorias. A aquel libro calumnioso, a las gratuitas ofensas que contenía contra nuestra Patria, contestó en su día Serrano Suñer con otro libro: “Entre Hendaya y Gibraltar”, de gran fuerza polémica, documentado, persuasivo, sólido y veraz. En él, antes que ahora, exponía Serrano Suñer una semblanza de la personalidad del ex embajador inglés. Ahora cuando la muerte ha puesto nuevamente en actualidad la figura de Sir Samuel, que fue cuatro veces ministro del Aire, primer Lord del Almirantazgo, secretario de Estado para la India, secretario de Asuntos Exteriores e Interiores, lord del Sello Privado en el Gabinete de Guerra y rival de Churchill en el Partido Conservador, este artículo de Serrano Suñer, escrito expresamente para “Gaceta Ilustrada”, tiene una especial importancia documental e histórica, cuyo valor apreciará el lector en toda su amplitud. “Gaceta Ilustrada”, 16-5-1959)

MÁNDAME MENOS ESTUDIANTES

En un curioso y reciente artículo –siento que mi memoria en su natural declinación no haya retenido el nombre de su autor- se hablaba de unas cuantas frases de esas que llamamos históricas, que todo el mundo repite y que no se han pronunciado nunca. Sólo recuerdo ahora la atribuida al sombrío Calomarde, ministro de Fernando VII durante la «década ominosa».

Es de todos sabido que el 18 de septiembre del año 1832, encontrándose el monarca gravemente enfermo en el Real Sitio de San Ildefonso y con la razón perdida –si es que alguna vez la tuvo-, firmó un codicilo que, en forma de decreto, le prepararon su ministro de Justicia Calomarde, el conde de Alcudia y el obispo de León, derogando la Pragmática Sanción de marzo de 1830 y revocando sus disposiciones testamentarias sobre la Regencia. Todo esto habría significado el restablecimiento, el triunfo de los carlistas si no se hubiera presentado, rápidamente, en La Granja la brava infanta doña Luisa Carlota, que, por su debilidad ante lo ocurrido, reprochó a su hermana la reina María Cristina de Borbón, hija de los reyes de Nápoles, cuarta mujer y sobrina del rey felón, llamándola despectivamente «regina di galería», rompiendo el codicilo y abofeteando al don Tadeo, que según repite una tradición apócrifa, le respondió con la frase «manos blancas no ofenden». La verdad es que si las bofetadas fueron históricas y sonoras, la elegante respuesta para encajar el castigo de la enérgica señora fue sólo un adorno inventando «a posteriori».

La fulminante intervención de la citada Infanta puso remedio a aquella crepuscular debilidad real que habría cerrado a su hija el camino del Trono, mas, desgraciadamente, no pudo evitar que la cuestión, momentáneamente zanjada en la cámara regia con la escena de las bofetadas históricas, se reprodujera en el triste campo de la guerra civil. Pues bien, pese a que Calomarde no hiciera en aquella ocasión otra cosa que bajar la cabeza y guardar silencio hasta esconderse primero en su Teruel natal, y pasar luego la frontera, sigue, sin embargo, circulando la frase como buena moneda; y es seguro que más de un caballero habrá remediado con ella la desairada situación en que le pusiera una agresión femenina.

Ocurre que en la Historia los falsos adornos de la propaganda tienen, a veces, más fortuna que los hechos reales, y es así muy probable que el autor del artículo a que me he referido haya perdido el tiempo tratando de poner las cosas en su sitio como, seguramente, lo perderé yo al hacer ahora la puntualización que ofrezco a los lectores sobre otra frase no menos ingeniosa y flemática que, como la atribuida a Calomarde, pertenece igualmente al mundo de la invención, aunque ya empieza a ser recibida como histórica. En eso que ahora se llama un libro «camp» la recogió hace algunos meses Vizcaíno Casas y la vuelvo a encontrar en el que Julio Caro Baroja con inteligencia, profundidad de sentimiento y gran estilo, publica sus memorias bajo el título de Los Borja. Este libro, que continúa y hasta enriquece la tradición de quien tal vez fue el primero de los novelistas de nuestro siglo (pues aunque Galdós muriera en éste, debe ser considerado como novelista del XIX) es muy rica en evocaciones, noticias, juicios e ideas de gran valor e interés; pero, como siempre sucede en esta clase de obras, las necesidades de ambiente obligan al autor a decirnos tanto lo que sabe por sí mismo como lo ha oído contar. Aunque con la probidad del científico –y el rigor del hombre

honrado- Caro Baroja tiene buen cuidado de distinguir lo uno de lo otro, anteponiendo a lo oído y no comprobado la cautela de un «se decía»; y así en el libro nos dice –escribo una repetición deliberada- que «se decía», y es muy cierto que «se decía», que Sir Samuel Hoare, embajador en España de la Gran Bretaña, me contestó al teléfono, con ocasión de ofrecerle yo el envío de más policías para la protección de su Embajada que acababa de ser apedreada, «no, no me mande usted más guardias, prefiero que me mande usted menos estudiantes». Pues bien, al lector que sea afecto a la verdad le interesará saber que aquella frase –sin duda ocurrente, graciosa y hasta simpática- Hoare no la pronunció nunca, al menos no me la dijo nunca a mí, ministro dialogante en aquella ocasión. Es cierto que como en el episodio de Luisa Carlota hubo bofetadas, quiero decir manifestaciones y agresión a la Embajada británica, como también hubo por mi parte ofrecimiento y envío de más fuerza de protección, pero lo que jamás se produjo fue la respuesta que la musa popular ha atribuido al ingenio del embajador de Su Graciosa Majestad. También pudo ser que el destemplado Hoare que yo conocí y traté reservar para sus amigos y clientes la ironía, el humor flemático y el aplomo que nunca tuvo en sus conversaciones o en sus discusiones conmigo.

En mi viejo libro Entre Hendaya y Gibraltar se refiere el incidente en el que los retóricos de la Historia –y los mandases de la propaganda- han engarzado la falsa «perla», la supuesta frase humorística del embajador. Ante embajada británica hubo en el tiempo en que yo era ministro de Asunto Exteriores varias manifestaciones –todas sin mi aliento y casi siempre contra mi conveniencia-, con pancartas y sin violencias, excepto una que fue numerosa, amenazadora y aun agresiva, con rotura de cristales, vuelco de automóviles y otros desmanes. Ésta tuvo lugar no sólo contra mi voluntad, sino contrariado una orden mía expresa, pública y concreta. Se produjo el día de la iniciación de la guerra de Alemania contra Unión Soviética. Las cosas ocurrieron así: con este motivo, una gran manifestación principalmente de falangistas que llegaban de la Plaza de España, incrementada por grupos que venían unos desde la Puerta del Sol y otros de La Cibeles, se detiene en la calle de Alcalá frente a la sede de la Secretaría General del partido. Estaban allí el ministro secretario y el de Agricultura. Éstos no sabían qué hacer ni qué decir y me llamaron apresuradamente, considerando urgente mi presencia para salir al balcón y hablar a los manifestantes. Traté de excusarme porque estaba reunido en mi Ministerio con mi embajador; pero ante la nerviosa insistencia de aquellos me trasladé allí rápidamente y pronuncié unas vehementes palabras, señalando la culpa y las responsabilidades de Rusia (mejor debí decir de la URSS) en nuestra guerra civil. In pectore estaba ya tomada la decisión de enviar a Rusia alguna unidad de combatientes voluntarios: una intervención simbólica en la «guerra sólo con Rusia» que, de una parte sería un acto de consecuencia con el anticomunismo de nuestra guerra civil, de otra nos ayudaría a eliminar el compromiso siempre acechante de una verdadera intervención en la guerra general.

Al terminar mi breve discurso pedí a los manifestantes –como en todos los periódicos de aquel día y del siguiente puede leerse- que la manifestación se disolviera tranquilamente para evitar provocaciones e incidentes que nos podían crear problemas. Por mi parte no era decir por decir, pues tenía muy despierto el sentido de la responsabilidad y me importaba mucho que no se perdiera el equilibrio difícil de la política que yo servía para mantener una relación de leal amistad con Alemania e Italia, pero evitando a la vez una intervención en la guerra junto al Eje y una situación de casus belli con los aliados, caso que de seguro habrían aprovechado nuestros amigos para empujarnos a la situación que deseaban, destruyendo así el delicadísimo edificio de

nuestra «no beligerancia» y pasando la frontera por Hendaya para «ayudarnos», esto es, para invadirnos. En el mantenimiento de nuestra postura de considerar como hechos separables e independientes la guerra con Rusia y la guerra con los Aliados occidentales, cualquier incidente podía resultar funesto, tanto más si el carácter del incidente venía por su significación a destruir nuestros sutiles distingos. De ahí que mis exhortaciones para un desenlace tranquilo y ordenado fueron sinceras e incluso vehementes; pues veía muy claro que de no ocurrir así el destino de la manifestación no sería la inexistente Embajada rusa, sino la inglesa. Una parte de la manifestación no atendió mi requerimiento y se dirigió, efectivamente, a esta última. Creo no equivocarme al pensar que algunas personas de la misma casa donde yo hablaba habían dispuesto las cosas del modo como ocurrieron, porque entonces «rebasarme» en la amistad con los alemanes era ambición muy generalizada y en ocasiones lucrativa. Producidos así los hechos lamentables a que me he referido, eran las tres de la tarde cuando disponiéndome ya a abandonar el Ministerio me comunicó el barón de las Torres, nuestro primer introductor de embajadores, que el inglés llamaba pidiendo verme al instante. Le convoqué para las cinco de la tarde en mi domicilio, establecido todavía, de una manera precaria y provisional, en el apartamento que ocupé en el Ministerio de la Gobernación, en cuya puerta, más en funciones de portero que de guardián, había un falangista que Hoare tomó por un tenebroso «pistolero» en la narración que del episodio hace en su lamentable libro; lo que no da una idea muy alta de su presencia de ánimo. A las cinco en punto, desafiante y descompuesto, entraba espectacularmente por aquella puerta tan tenebrosamente guardada Sir Samuel Hoare, escoltado por todos sus agregados militares uniformados y con armas. Aquel inglés de buena facha, sanguíneo, arrogante, con muchas horas de vuelo político, «pedía guerra». Formuló su legítima protesta –de pie, pues no quisieron sentarse– con gran energía. Yo –que siempre he considerado las prerrogativas y las inmunidades diplomáticas como un supuesto indispensable para la vida de relación entre Estados– le escuché con el mayor respeto y al contestarle no me limité a presentarle unas excusas formularias, rutinarias, sino que le manifesté mi amargura por lo sucedido con honrada sinceridad y hasta con humildad, deplorándolo y condenándolo; por supuesto, me puse en nombre del Gobierno a su disposición para las posibles compensaciones y reparaciones de los daños causados. Tuve y tengo por evidente que aquella actitud mía frustraba las «escenas» que allí traía preparadas para una respuesta mía que él había imaginado y deseado que sería destemplada o agresiva. Ante mi actitud se sintió decepcionado, «traicionado» en sus proyectos de escándalo, sin saber reaccionar adecuadamente, sin saber dominarse, descompuesto –dando la frustración paso a la cólera, ¡bien lejos del humorista de la frase apócrifa!–, me dijo abruptamente: «Estas cosas no ocurren más que en un pueblo de salvajes.» Y aquí terminó mi humildad. Mi reacción, sin una sola palabra, consistió en extender el brazo y con el índice señalar imperativamente en dirección a la puerta, a la que, como autómatas, dando media vuelta, se dirigieron Hoare y su brillante cortejo. Pronto supe a través del viejo secretario de la Embajada, don Bernardo Malley, como afectuosamente todos le llamábamos –el más competente especialista que de nuestros hombres, cosas y problemas tuvo el Imperio inglés–, que Sir Samuel se sentía más humillado por su intemperancia y falta de dominio que por el incidente mismo. Pero si por una parte su orgullo se desahogó contando los hechos de modo truculento, de manera que resultara un héroe temerario que penetraba para ofendernos en una guarida de matones, es casi seguro que fue él mismo quien puso luego en circulación la frase ingeniosa que ha hecho tanta fortuna y que ojalá la hubiera pronunciado en vez de aquella otra tan ofensiva y vulgar, y que en lugar del energúmeno que apareció aquella tarde en mi casa lo hubiera hecho el inglés ingenioso, irónico y flemático.

Con esta ocasión, por mi amor a la justicia y mi decisión de contribuir en la modesta medida de mi experiencia y de mis fuerzas al establecimiento o al restablecimiento de la verdad histórica, quiero referirme al Diario, recientemente aparecido en Londres, de Sir Alexander Cadogan, cabeza del Foreign Office durante muchos años –y por supuesto en los de la Segunda Guerra Mundial-, que fue asesor de los secretarios Halifax –objeto de su gran admirador-, Eden y Bevin, y colaborador de los tres primeros ministros Chamberlain, Churchill y Atlee. Se trata de uno de los libros más importantes que en su género se han publicado en nuestro tiempo y sin su conocimiento es difícil hablar seriamente de muchos de los problemas políticos y cuestiones diplomáticas durante la gran conflagración. Después de este elogio he de decir, sin embargo, que yo, que en mi libro antes citado –todavía vivos nuestros antagonismos- escribí sobre Sir Samuel Hoare con severidad pero sin rencor, apeándole, eso sí, de sus hipérboles y de sus calumnias y juicios absurdos y ofensivos que sólo estaban fundamentados en su exceso de soberbia, quiero decir, repito, que los juicios que Cadogan emite sobre Sir Samuel llegando a considerarle nada menos que como traidor en potencia son gravemente injustos y me considero en el deber de escribirlo así por haber sido el testigo más próximo de su gestión diplomática en Madrid, apasionada hasta el exceso y la incorrección, en el servicio de su patria.

Termino este artículo con una duda: esas falsas anécdotas de la Historia suelen alcanzar vida larga y resistir a la prueba de las rectificaciones y desmentidos más rotundos y autorizados; y tal vez sea mejor así para poder tener de la Humanidad una imagen menos agria. Entonces, puede preguntarse, ¿para qué lo escribo? Tal vez por la convicción, basada en la experiencia propia y en la ajena, de la inutilidad de pensar y escribir sobre temas más actuales y acuciantes. Creo que cuando menos pueda servir el articulito como pequeño «divertimiento».

(ABC 11-2-73)

WINSTON CHURCHILL, VENCIDO POR LA MUERTE

EL HOMBRE - EL POLÍTICO - EL LUCHADOR

(Don Ramón Serrano Suñer, que fue ministro de Asuntos exteriores durante la II Guerra Mundial, ha respondido gentilmente a nuestro requerimiento y nos ha enviado el artículo que publicamos a continuación. El señor Serrano Súber vivió intensamente aquellos azarosos días y su semblanza política de sir Winston Churchill, impregnada de justiciera generosidad, es, pues, especialmente valiosa “ABC”, 16-5-1959.)

Después de batallar con ella durante nueve días, el viejo luchador ha sucumbido. Churchill luchó y resistió siempre. Durante la última guerra mundial lo hizo con asombrosa tenacidad en momentos y circunstancias en los que la resistencia parecía una empresa imposible. Tras de la gran derrota continental de los Ejércitos aliados, ocupadas Francia, Holanda, Bélgica y Noruega, no parecía posible que Inglaterra, sola, pudiera continuar la guerra. Sí lo entendía el Gobierno inglés en julio de 1940 cuando no creía

poder llegar hasta septiembre. Chamberlain dimitía su cargo de primer ministro y la duda para su sucesión entre Halifax y Churchill se resolvía a favor de éste. Su actuación en aquellos años conduciendo al país en la mayor dificultad de su historia fue un prodigio de serenidad, de ingenio y de valor y tengo por muy cierto que nadie, nadie, ni militar ni civil, ni Roosevelt ni Stalin (y mucho menos De Gaulle, limitado entonces a la estrategia verbal) desempeñó en el campo aliado un papel tan decisivo como el suyo en la victoria. Fue en la contienda el gran animador y el gran luchador; lo mismo cuando tuvo la compañía de los Estados Unidos y de Rusia que cuando estaba solo, durante un año largo, mientras la Unión Soviética le hostilizaba y cubría la espalda de su adversario y la opinión pública norteamericana quería absolutamente permanecer alejada de la guerra de Europa. Por ello es justo proclamarle también como el gran vencedor.

En el orden de las previsiones estuvo asimismo acertado, pues vio con lucidez el peligro soviético y quiso atajarlo a tiempo. Así, cuando en agosto de 1942 –el mes dramático para la URSS- los alemanes estaban en el Cáucaso, llamaban a las puertas de Stalingrado, y en tan grave situación el déspota ruso injuriaba a sus aliados y les pedía la apertura inmediata de un segundo frente, Churchill, sin cautelas, con sus energías y dinamismo de siempre, volaba a Moscú para aplacar sus iras. Pero, a la vez y con mejor visión que Roosevelt (y con un sentimiento europeo que aquél no tenía), pretendió que el establecimiento de este segundo frente y la invasión de la Europa que Alemania dominaba tuviera lugar a través de los Balcanes para que de esta manera los Ejércitos occidentales pudieran construir –además- una barrera que se opusiera a las conquistas rusas en el Este y en el centro de Europa. En tan prudente proyecto Churchill no fue apoyado por Roosevelt que, con esta alegría, entregó por el momento a Stalin la llave del destino de nuestro viejo mundo, y fue así como el imperialismo soviético hincó sobre el continente su primer gran tentáculo. Más tarde terminaba la guerra, aterrado ante las gravísimas consecuencias de aquella política de sus aliados (de la que en fin de cuentas había sido solidario), el viejo “leader”, con el calor de su inmensa humanidad, preconizó patéticamente la necesidad de constituir con urgencia los Estados Unidos de Europa, propuesta en cuyo fondo se percibe el noble latido del arrepentimiento.

Cabe hacerle dos reproches en cuanto a hombre apasionado: su insistencia en exigir de Alemania la rendición sin condiciones y su decisión de aniquilar al adversario –ya virtualmente vencido- con cruentas operaciones de castigo y desmantelamiento de su retaguardia, sin tener en cuenta que un Estado alemán fuerte era, y seguiría siendo siempre, una necesidad para la defensa de Occidente y de la libertad de la que él quiso hacerse símbolo.

Con España, durante la guerra mundial, Churchill no fue agradable ni cómodo; posiblemente por la mala influencia (al menos para nosotros) de lord Avon, a la sazón Mr. Eden, que, al parecer, nos detestaba. En momentos especialmente críticos de nuestras relaciones con la Gran Bretaña –siempre difíciles entonces- en más de una ocasión tuve que encargar a la lealtad y eficacia de nuestro embajador en Londres, el duque de Alba, que tratara de neutralizarla acudiendo a la mejor comprensión y serenidad de Butler, mucho más razonable y accesible.

Desconfiado y receloso con el Gobierno español, no comprendió las poderosas razones que justificaron una política germanófila que serví con honradez, aunque en vano trataran de deshonrarla oportunistamente inmorales de gentes para quienes el honor es sólo una palabra. (Intento vano, a la larga, ese de querer mover o desfigurar la verdad, pronto

restaurada por la fuerza de los hechos y la publicación de documentos de los oponentes de uno y otro lado y por otros que poseo). En esa desconfianza asentó su idea de que un día Hitler ocuparía sin resistencia España y Portugal y le determinó en el año 1941 a preparar muy secretamente un plan para apoderarse de las Islas Canarias con el objeto de proteger la ruta de sus convoyes del Atlántico. (Este nuestro archipiélago canario, para cuya ocupación parcial y temporal nos pidió conformidad Ribbentrop en Berlín –en otoño de 1940- en un diálogo que cortó mi decisión de volverme a España si trataba de insistir en el tema, como anuncié por carta a Madrid). Pero todo esto ya es historia, como lo es el mismo Churchill, de quien amigos y adversarios políticos tenemos –en justicia- que proclamar su grandeza. Winston Churchill ha sido –de verdad- un gran hombre, y en cierto sentido puede decirse que ha sido el último gran hombre al estilo del siglo XIX, si entendemos por tal al tipo de protagonista histórico que por sus dote de intuición, sugestión y fuerza de carácter es capaz de dominar los acontecimientos y de suplir los recursos de la técnica.

Una inmensa popularidad acumuló sobre él todos los honores de este mundo, que, como hombre de verdad importante –situado por encima de banalidades y lisonjas-, recibía con gratitud, pero también con ciertas reservas críticas y en algún caso con ironía. En contraste con la aridez de los personajes mediocres, tenía el atractivo de las personalidades fuertes y auténticas y su grandeza nunca se nos presenta tan alta como en aquel día 8 de mayo de 1945 cuando, al comunicar al Parlamento que la guerra con Alemania había terminado, en lugar de atribuirse, en exclusiva o en su mayor parte, el mérito de la victoria, da a todos las gracias “porque todos –hombres y mujeres-, cumpliendo su deber, habían salvado a Inglaterra”. ¡Dios permita que en medio de un mundo tantas veces entregado al juego envilecedor de pequeñas habilidades, ventajas, hipocresías y mentiras, se conserve aún el gusto por estas conductas ejemplares!

Este fue el hombre, éste el político, éste el luchador. En vida nunca capituló. Sólo se ha rendido ante la muerte.

(26-1-1965)

PUNTUALIZACIONES A UN HISTORIADOR

Después del desenlace de nuestra guerra –y a lo largo de muchos años- he tenido que enfrentarme con innumerables versiones falsas y comentarios tendenciosos sobre hechos históricos de los que fui testigo y, en ocasiones, participante o protagonista. Nunca he rehuído la verdad ni esquivado mis responsabilidades; pero tampoco he soportado con paciencia ser un personaje inventado por la fantasía de unos, el rencor de otros o la complacida comodidad de no pocos. Con sinceridad, e incluso con vehemencia, procuré reponer la verdad donde estaba suplantada; pero llegaron a ser tantas las tergiversaciones, que, aburrido, hube de replegarme a un desdeñoso silencio, ya que ni era cosa de abandonar mi trabajo para responder a todos, ni en ocasiones hubiera sido fácil superar obstáculos, ni, en definitiva, a nadie parecía importar

demasiado la verdad. La hora de escribir la Historia con imparcialidad y exactitud no había llegado.

Si ahora interrumpo aquel hábito de inhibición y de espera es porque me encuentro ante un trabajo en el que la voluntad de hacer Historia (aunque con poca fortuna y sobrados prejuicios) parece manifiesta, y también por la relevante personalidad de su autor, pues no quiero que el silencio pudiera parecer menosprecio. Me estoy refiriendo al señor Wladimir D'Ormesson, «de l'Académie française», escritor y conferenciante distinguido, embajador de Francia en la Santa Sede durante la última guerra, quien en la «Revue des Deux Mondes» -de la que soy habitual-, en número llegado ahora a mis manos, escribe un artículo (reproduciendo recientemente en algún periódico de Centroamérica) donde nos cuenta la indignación que causó al cardenal secretario de Estado que yo no pidiera audiencia al Santo Padre en septiembre de 1940 cuando pasé, en viaje particular, por Roma, terminada una visita oficial al Gobierno del III Reich en Berlín.

Las inexactitudes de hecho, y otras manifestaciones del referido artículo, exigen algunas puntualizaciones. Las haré más como una contribución a la verdad histórica que como un desahogo polémico, y me abstendré de todo malhumor irónico, no sin confesar que he debido reprimir mi primer impulso, pues bien comprendo que no es cosa de exagerar –por el error de alguno- como hiciera Rubén Darío en aquellas imprecaciones de su letanía a nuestro señor Don Quijote –rey de los hidalgos, señor de los tristes-:

... de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfono, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
¡líbranos, Señor!

Concediendo al académico el honor que se le deba –no, desde luego, el de la inhabilidad ni la memoria segura-, entraré, sin más rodeos, en el tema. Tres objeciones he de hacer al señor D'Ormesson. La primera se refiere a la inexactitud que comete cuando dice que yo era en septiembre de 1940 ministro de Asuntos Exteriores; inexactitud que reitera –y agrava- al atribuirla también al secretario de Estado del Vaticano, quien siendo persona informadísima, no pudo cometerla nunca. La segunda objeción afecta a la conversación que nos dice sostuvo con el secretario de Estado, cardenal Maglione, y en cuya descripción y transcripción me parece que los prejuicios y emociones –¡aquel trágico mes de septiembre!- del diplomático francés ha traicionado a su memoria, pues es sumamente improbable un cardenal Maglione que –al ser interrogado sobre la visita que yo “debería haber hecho a Su santidad”, y que efectivamente no hice- responda “estallando en cólera y arrojando fuego por los ojos” al manifestar que ni había visto ni vería ya al Santo Padre porque me marchaba al día siguiente. Ese cardenal que D'Ormesson ha visto “éclater de colère” está tan alejado del recuerdo que yo guardo del Cardenal Maglione, que me cuesta trabajo aceptarlo, sobre todo teniendo en cuenta que yo lo conocí en situación mucho más susceptible de provocar esas reacciones y, sin embargo, no se produjeron.

Recordaré que pocos meses después de nuestra guerra civil fui a Roma como enviado especial del Gobierno para agradecer al Rey y al Gobierno italiano su simpatía por

nuestro país y su ayuda. Llevaba –entonces- el encargo de visitar al Santo Padre, con quien la conversación fue al principio difícil y finalmente conmovedora, como con detalle he referido en mi libro “Entre Hendaya y Gibraltar”. Cuando el clima de plena confianza quedó establecido volqué en la presencia –casi sobrenatural- de Pío XII toda mi sinceridad –la sinceridad de aquellas horas, más entusiastas que reflexivas- exponiéndole la sospecha, muy extendida entonces entre nosotros, de que mientras nuestros jóvenes caían en los frentes de guerra creyéndose apóstoles armados de la Fe de Cristo, en los círculos vaticanos, y tal vez en la Secretaría del Estado, hubiese tanta solicitud para el ilustrado y espiritualismo catolicismo francés como incompreensión para el duro, combativo y menos culto, pero firmísimo, catolicismo español. El Papa no sólo quiso disuadirme de que nuestras sospechas eran infundadas, sino que me pidió que hablase detenidamente con el cardenal Maglione y con la misma cruda sinceridad con que acababa de hacerlo. Y cuando así lo hice me encontré con un cardenal lleno de dulzura y benevolencia, que lloró apesadumbrado y conmovido ante la idea de que pudiéramos considerarlo desafecto a los españoles hijos de la Iglesia. (Así lo vieron, cuando me acompañó hasta la puerta, las personas que me esperaban.)

La idea de que aquel hombre, a quien vi reaccionar con tan emotiva mansedumbre frente a una acusación injusta y grave, pudiera encolerizarse ante una abstención política, cuya significación, como acto de prudencia, no podía escapársele, me parece difícil de entender. Creo que el señor D’Ormesson exagera. Pero en cualquier caso, entre la imagen del purpurado de mirada iracunda –que dejó a su responsabilidad- o esa otra mía del cardenal en cuyos ojos sólo vi brillar una luz de bondad, me quedo con ésta.

En fin –y es la tercera objeción-, al articulista emplea en su relato expresiones que reflejan su extrañeza y su incompreensión sobre el pretendido desaire que hiciera al Vicario de Cristo en la Tierra un ministro español que venía a hablar con Hitler en señalada y grave ocasión. Y ello a pesar de que, según él mismo nos cuenta, el padre Ledochowsky, general de los jesuitas, le había dicho estas sagacísimas palabras: “Yo pienso que el secretario de Estado hace mal en tomar por una falta de consideración hacía el Santo Padre ese silencio del ministro español..., que a mí me parece como un subterfugio lleno de indicaciones.” Estas y otras palabras del sutil jesuita, que también figuran en el artículo del señor D’Ormesson, podían habérselo aclarado todo. Sin embargo, las equívocas interpretaciones que hace el académico francés me aconsejan completar la narración de aquel episodio: En septiembre de 1940 era yo ministro de la Gobernación, puesto que de Asuntos Exteriores no lo fui hasta el día 18 de octubre. Pasábamos por un momento difícil y peligroso. Nuestra comunicación diplomática con Alemania era deficiente, y no conocíamos sus intenciones después de que, ocupado el occidente de Europa, sus ejércitos habían llegado hasta Hendaya. Se hacía necesario un esclarecimiento de la situación. Un ministro de inequívoca significación política –como yo era- tal vez tuviera las mejores posibilidades, y quizá por ésta, y por alguna otra razón, se me designó para esa tarea. Las negociaciones en Berlín estuvieron llenas de escollos y asperezas. La Alemania que había simpatizado con nuestra causa vivía entonces en el cenit de su orgullo y de su gloria militar, y no era interlocutor fácil de abordar, ni tratar de tú, por el representante de un país deudor y, aunque heroico, no bien armado y peor abastecido. Después de mis entrevistas de los dos primeros días con Hitler y sus ministros, Ribbentrop, con estilo directo y rudo, me dijo que el Ejército alemán necesitaba instalarse en una de las islas Canarias. Sobrecogido –por no haber pensado nunca en la posibilidad de este planteamiento-, mi primer pensamiento fue, en señal de protesta, dar por terminada mi estancia allí y volverme a España. Mas como

con ello no hubiera mejorado la situación, me dominé y le dije: “Señor ministro, eso es absolutamente imposible, porque se trata de un territorio de soberanía española idéntico al de la Península, que jamás cederemos.” Con suavidad –antes no usada- me aclaró que sólo se refería a una cesión temporal, y yo le manifesté la misma irreductible oposición, haciéndole notar, por otra parte, que los aliados considerarían aquello como un acto de beligerancia y nos precipitaríamos en una guerra que no podíamos afrontar; como tampoco podríamos aceptar su idea de que ellos la hicieran por nosotros, ocupando nuestro país, porque eso sería humillante y deshonroso.

En aquel estado de ánimo, dominado por la inquietud y la irritación, yo necesitaba, política y humanamente, compartir mis preocupaciones, oír una voz amiga, en la que encontrara compañía y asistencia. Me acordé de que en Roma teníamos un amigo verdadero que se llamaba Benito Mussolini, en cuya busca fui y en quien encontré lo que esperaba. Cualquier persona discreta comprenderá que esta gestión que podía hacer con Mussolini, aliado de Hitler, no podía hacerla –sin riesgo de irritar hasta el límite de la represalia al Gobierno alemán- con el Vaticano, con quien Alemania vivía ya en inquietante tensión. La sola sospecha de que acudíamos, como niños asustados, a contar nuestras cuitas políticas al Papa y a ponernos bajo su amparo, hubiera sido para Berlín cosa tan ridícula como peligrosa para todos.

Tanto era así que apenas llegué a Roma, el padre Ledochowsky, hombre de finísima inteligencia, que me distinguió siempre con muy afectuosa amistad, y a quien guardo vitalicia gratitud, me llamó por teléfono a la “Villa Madama” (mi delicada, inolvidable, privilegiada, residencia romana) y convivimos una entrevista inmediata. El insigne jesuita comprendió la razón de mis preocupaciones y abundó en ellas del modo más explícito; por lo que, contando con sus buenos oficios, que nunca me faltaron, descarté desde entonces toda interpretación equívoca del Vaticano, y me cuesta trabajo pensar que el cardenal secretario de Estado no estuviera en secreto cuando –con discreción obligada- informó al embajador francés de que la visita al Santo Padre no se celebraría.

Más tarde, el padre Ledochowsky practicaría con el mismo embajador una discreción aún más intencionada, presentando como conjeturas suyas las razones más que conocía de un modo directo –por sí mismo-, y procurando –aunque al parecer sin conseguirlo- que el celoso católico francés no se rasgase las vestiduras ante un acto de prudencia elemental que él estaba especialmente obligado a comprender por la experiencia que su país tenía de que el poder militar alemán era, entonces, irresistible.

(2-12-1960)

LA LIBERACIÓN DEL ALCÁZAR

Espanoles:

Portugueses:

Esta noche hace dos años de la liberación del Alcázar de Toledo por las columnas del Ejército de Franco; después de sesenta y dos días de una resistencia nunca superada en heroísmo. De los autores de tan alta empresa unos cayeron en el empeño, otros tuvieron la suerte de conocer esta España renacida. ¿Sus nombres?... Comandantes Méndez Parada, Villalba y Cirujano, capitanes Vela y Alba, tenientes Barber y Enríquez de Salamanca, Villaescusa, jefe local de Falange, tantos y tantos otros hasta el número aproximado de 1.300, de imposible recordación nominal en este acto -héroes todos cuantos componían aquella guarnición-, pero que están sintetizados y representados en la gloria de un nombre: ¡Moscardó!, a quien rinden homenaje todas las espadas heroicas de la tierra. Director de aquella resistencia en la que entregó a su hijo y estuvo dispuesto a entregar a su familia entera antes de apartarse del cumplimiento de su deber: "Si es cierto que te van a fusilar -dijo a su hijo en aquel dialogo telefónico que ha inmortalizado su nombre en la Historia- encomienda tu alma a Dios, da un viva a España, otro a Cristo Rey y muere como un héroe; que tu padre no se rinde por el honor de España."

Y, héroes los dos, el hijo cayó el día 14 de agosto en la matanza de rehenes.

Los sitiadores del Alcázar no teniendo piedad ni compasión para las mujeres y los niños que allí estaban, con ferocidad bolchevique, lo minaron, y emplearon toneladas de dinamita volando escombros y trozos de roca, pero el Alcázar no sucumbió y sus ruinas son gloria de la raza, asombro del mundo y lección para todos los tiempos y para todos los pueblos.

Los jefes, oficiales y cadetes; los jóvenes de las distintas milicias, los soldados y los guardias del Alcázar, todos deberán ser citados -como ha dicho un gran escritor francés- en la orden del día de la civilización universal.

Las personas que vivieron tan heroica resistencia en la fortaleza inmortal, tenían en los primeros días la preocupación de no saberse existentes por sus hermanos de armas que habrían de socorrerles y libertarles. Por deficiencias de sus aparatos solo captaban las noticias tendenciosas de Unión Radio, hasta que un día las ondas de Radio Club Portugués llevaron la verdad de España junto a las mismas riberas rocosas del Tajo y fortalecieron y elevaron el espíritu de los defensores. Fue este el primero de los grandes servicios que nos prestó el Portugal hermano, dándonos una prueba positiva, inolvidable, de amistad. Por eso hemos buscado esta fecha, la más señalada en los anales de nuestra guerra, para hacer de ella el día de la amistad hispano-portuguesa.

Nosotros podemos hablar, sin alardes declamatorios, exactamente, sinceramente, de esta hermandad.

Ha existido siempre un paralelismo histórico, que hoy cobra relieve y alcanza firmeza, entre los dos Estados nacionales que beben el caudal del Duero y templan sus armas en las aguas del Tajo.

Cuando don Alfonso I, Enríquez Borgoña por su padre y Castilla por su madre, fue coronado rey de Portugal en las Cortes de Lamego, todavía no existía España como nación, pero existían aquellos gloriosos reinos de Castilla y de Aragón y de Navarra, empeñados todos, como Portugal, en la gran empresa de la Reconquista. Y he aquí que a los vínculos de la Geografía, de la Sangre, de la Religión y de la Cultura se agregó,

desde entonces, con fuerza irresistible, el ligamen de un destino común. La obra de la Reconquista establece un paralelismo de vocación, de lucha, de ambición misionera y de ideales que ya no se pierde jamás.

Al declinar aquella epopeya, cuando el mundo iluminado por las luces del Renacimiento se dispone a mirarse a sí mismo, a reconocerse, a captar su propia imagen material hasta entonces ignorada, España y Portugal salen a esa gran aventura histórica para darle un sentido espiritual, para impregnar los viajes y descubrimientos de una savia teológica.

Y de nuevo la hermandad hispano portuguesa se entrega a sus destinos históricos coincidentes.

Enrique el Navegante y sus discípulos; Bartolomé Díaz, Vasco de Gama, Pedro Álvarez Cabral, y tantos otros, arrancaban los secretos del Océano y descubrían un camino de Indias; mientras Colón y los Pinzones, Elcano y Magallanes (portugués incorporado a empresa española) daban la vuelta al mundo por Occidente.

Eran los tiempos en que un santo español, Francisco Javier el misionero, predicaba la religión de Cristo en las Indias portuguesas, y en que los poetas y literatos lusitanos cultivaban, indistintamente, su arte en ambas lenguas. Eran los tiempos en que Cervantes, glorioso mutilado en la más grande ocasión que vieran los siglos, producía el más alto monumento del ingenio español; y en que Camoens, también señalado con la impronta de la lesión de guerra, cantaba en sublimes estrofas el destino de la raza.

Y es más tarde, cuando los aires enciclopedistas soplan sobre las tierras ibéricas, cuando unas mismas sombras se ciernen sobre las naciones hermanas; que el siglo del Marqués de Pombal es el siglo del Conde de Aranda.

Ha habido momentos en la Historia en que parecía que esta hermandad había de trocarse en otra relación menos cordial. Aljubarrota y Toro traen recuerdos de enemistades y de pretensiones demasiado ambiciosas. Pero parece que siempre la Providencia ha velado porque Portugal y España conservaran enteramente su personalidad; y en cuantas vicisitudes guerreras o pacíficas se presentaron se restableció pronto aquel vínculo en todas sus dimensiones y calidades.

Ni enlaces matrimoniales, ni campañas militares, ni designios políticos, nada ni nadie, ha logrado desviar esta ruta histórica, trazada por el dedo de Dios para que se fraguara la grandeza de los dos pueblos.

Estas dos naciones que un día, guiadas por laud del Romano Pontífice, se repartieron las tierras y las aguas del mundo, como un patrimonio de heroísmo y virtudes, no pueden sentir, no sienten, recelos por sus respectivas glorias y prosperidades. Recientemente afirmada la personalidad de ambas, a través de los siglos, la grandeza de una redundante en grandeza de la otra como el honor de un hermano se extiende a los que llevan su sangre y su apellido.

En la firmeza de esta nuestra hermandad se estrellarán siempre los manejos masónicos que vienen de lejos y que, con propósito de romperla, pasan y repasan la frontera. Nosotros declaramos que la personalidad histórica y la libertad de la Nación portuguesa

son supuesto inmovibles de nuestra política, como su ambición de grandeza es deseo compartido por nuestro corazón fraterno.

Portugal -repetimos nosotros-, "puede ser, ha de ser, una grande y próspera nación", como ha dicho vuestro Jefe Salazar "ese hombre que pronuncia con voz dulce palabras inmensas", y que desde hace diez años trabaja largas jornadas para que así sea.

Imbuidos de una análoga concepción de la vida España y Portugal trabajan por la paz y por la salvación del mundo. Y en idiomas distintos, en acentos propios y rasgos personales, ofrecen el ejemplo y la luz de sus comunes destinos.

¡Arriba Portugal!

¡Arriba España!

Discurso pronunciado el día 27 de septiembre de 1939, aniversario de la liberación del Alcázar, en el estudio de Radio Nacional.

LA MAESTRA DE LA SANTA COMBA

ENTRE las noticias de grueso calibre ya inevitables –periplos de estadísticas, atenuación de la guerra fría, aunque con incidentes que amenazan con nuevos dramatismos- y las noticias de la pequeña crónica –banales pero estrepitosas como estampido supersónico en un mundo que pierde el gusto por la dignidad y la elegancia-, es seguro que algunos lectores con buena sensibilidad, en cuyos espíritus no se haya extinguido la afición por la medida, la intimidad y el silencio, habrán puesto su atención en una noticia –topográficamente modestísima- despachada con dos líneas en un rincón del periódico del día.

La noticia era la muerte de una sencilla maestra nacional en un pueblecito portugués – Santa Comba-, y su apellido –Oliveira Salazar- es el mismo que el del jefe de Gobierno, al que sus amigos y enemigos vienen reconociendo desde hace treinta años las más sólidas y auténticas virtudes. La vida socialmente fecunda y humilde que acaba de extinguirse es la de la hermana de aquel político todopoderoso de su patria.

Nadie piense, sin embargo, que se trata de una hermana olvidada, de una pariente pobre que el gran hombre haya dejado a trasmano en el momento de su triunfo. Creo que, por el contrario, esta sencilla maestra de Santa Comba era hermana muy querida de Salazar y la compañera temporal de sus soledades de célibe y, con toda posibilidad su confidente íntima y su apoyo. En Santa Comba, sin dejar de ejercer nunca su nobilísima profesión, Elisa Oliveira Salazar, la hermana del jefe del Gobierno portugués, ha vivido y cuidado la casa que ambos heredaron de sus padres y en cuya mejora –modesta

mejora de una casa que nunca ha dejado de estar al nivel de la burguesía rural- el gran estadista ha aplicada los únicos recursos privados obtenidos durante tantos años de gobierno: los procedentes de los derechos de autor de sus libros, pues es bien sabido que este hombre escrupuloso ha considerado siempre que no podía en el Poder ceder a trabajos venales, y menos aún a especulaciones fáciles, el poco ocio que pudieran dejarle sus servicios al Estado. El Estado es para él patrono celoso que no admite otros cultos, y la función política, función delicada, incompatible con el beneficio y la preocupación por la hacienda privada.

En los pocos fines de semana libres, y en las vacaciones ocasionales, el estadista volvía a ser en santa comba el modesto profesor de Coimbra, acogido a la sobria placidez de la vida familiar y a los parcos cuidados de la administración de ese patrimonio mínimo que no dispensaría a su hermana de seguir dedicándose, sin interrupción, al humilde y hermoso trabajo de la enseñanza elemental.

Creo que merece la pena glosar estas realidades ejemplares que ilustran –tanto o mejor que sus obras de teórico o sus realizaciones de Gobierno- la personalidad de este extraño, melancólico, irónico, sobrio y orgullosos intelectual gobernante. Sobriedad, melancolía y orgullo se enlazan en esta imagen del célibe, austero y claro, escrupulosamente honrado, que disciplina sus necesidades porque es dueño de sí mismo y porque debe dar ejemplo a un pueblo que las tiene también y que ha de hacer de ellas su virtud. La melancólica sobriedad no sería gran cosa en un hombre vulgar (aunque siempre sería cosa digna y estimable), pero alcanza especial significación como reverso de la otra cara, donde brilla la personalidad de un hombre con una enorme dotación de inteligencia y de eficacia y un gran sentido de la responsabilidad.

La personalidad del estadista cuyas virtudes positivas –respecto a las cuales las negativas o de abstención vienen a ser como el «contraste» al metal precioso- tampoco han sido negadas por sus más enconados adversarios. Del equilibrio de las unas y las otras, talento-austeridad, nace con toda legitimidad el orgullo de que hablamos; virtud dura, pero virtud cierta en un hombre que sabe de la estimación justificada del propio valor.

Ahora bien, en el acuñado de esa moneda, grabado por un lado con la virtud ascética por el otro con la conciencia responsable de la propia valía y de la dedicación íntegra de esa valía a una empresa abnegada, ¿no habrá tenido alguna parte la ejemplar maestra de Santa Comba? Ella ha resistido con discreción a todas las tentaciones de la vida cómoda y de la vida influyente o brillante. Ha seguido siendo la buena maestra, la modesta administradora, que tenía su casa limpia y acogedora para dar al hermano – seguramente con todo silencio y discreción- ese poco de seguridad, de arraigo y de paz, sin los cuales ninguna vida humana puede soportar las grandes tensiones que comporta el vivir haciendo historia o, más modestamente, política. Con toda probabilidad, los diálogos de Santa Comba –¡cuánto interés humano no tendrían!- han sido siempre diálogos serenos, confortantes, confirmadores. No habrán sido los diálogos del presidente y la hermana (ni aún del presidente y «su abnegada hermana»), sino los del profesor y la maestra, los del hombre y la mujer unidos por el vínculo más sereno y desinteresado, más acompasado –vidas que crecen paralelas y se apoyan en los mismos recuerdos y afectos de siempre- que entre hombre y mujer puede darse.

Cabe imaginar ahora la soledad de este hombre, cuyo relativo defecto (a juicio de los que le han visto con más proximidad) ha sido siempre aquel de la inasequibilidad, de vivir sin iguales, rodeado de personas que aun en los casos de mayor brillantez no han podido superar moralmente la condición de subordinados. Su soledad será ahora mayor, casi completa, sin atenuaciones ni descansos.

Desde hace algunos años, la figura de Salazar, por largo tiempo indiscutida, salvo en núcleos reducidísimos de una oposición doctrinal que venía del pasado y no tenía porvenir, comienza a aparecer ante algunos grupos de portugueses con caracteres menos seguros. Nadie le niega aún el haber sido el adcentador de Portugal, el hombre que restauró su economía, ordenó su administración y su vida, elevó su prestigio en el mundo y creó un sistema de instituciones útiles. Pero han pasado los años y, de una parte la conocida ingratitud de los pueblos, y de otra, su instinto natural, hacen que muchas gentes se pregunten por el porvenir. Salazar calla. Ya no tiene junto a sí la sombra tutelar de aquel discretísimo y fidelísimo jefe –el general Carmona- a quien él convirtiera en una especie de rey «fáctico». Los principios de una economía que él aplicó severamente al país, concebida sobre el principio del ahorro y la nivelación, están en discusión y se afirma que a ellos y a la estabilidad de la moneda sacrificó las transformaciones sociales y económicas del país o no les imprimió un ritmo acelerado. El régimen que Salazar creó, el Estado que restauró y puso en orden, parecen cosas excesivamente idénticas a su propia persona y parece aumentar el número de los que no están persuadidos de una vigencia institucional independiente de la inteligencia y la acción del jefe. Salazar es, sin duda, dicho sea con todo el reconocimiento que es debido a su valor y a su genio singular, un caso extremo de paternalismo político. Admirable y legitimado por una conducta extraordinaria. Los que le reprochan que no dialoga con su pueblo (pero por el que tanto ha trabajado y trabaja, quiero añadir yo, todavía, una vez más), se preguntan si Salazar no está llegando a ese punto difícil de esquivar en que la valoración de sí mismo pueda llevarle a encerrarse en el círculo vicioso que pudiéramos llamar la «conciencia del insustituible». Yo no lo creo así, pues un hombre de tanta responsabilidad (probablemente el que con mayor objetividad haya ejercido el poder personal en Europa) no es posible que deje de estar atento al gran problema del desenlace. Por de pronto, a la muerte de Carmona no quiso sucederle en la Jefatura del Estado, sin duda porque quería que cuando llegara la suya quedara sobre él –y sobre todos- una pieza institucional de autoridad superior.

El retiro de Santa Comba, que el viejo profesor de Coimbra se ha prometido a sí mismo más de una vez, como término de su ilustre tarea pública, se ve hoy privado del elemento de estabilidad que, sin duda, era la humilde maestra desaparecida. ¿Servirá esta «muerte tan escondida para acelerar o para retrasar una decisión en todo caso grave, delicada y difícil? Porque del carácter grave y trascendente de esta medida, sobre que no es tema ni materia para un juego alegre, no podrá caber duda en la conciencia de ninguna persona responsable. Tratar el tema con más amplitud no sería discreto. Nuestra intención queda cumplida al evocar este aspecto de la vida del insigne estadista, que, sea cual fuere su destino final, quedará en la Historia en lugar preferente entre los hombres atentos a la responsabilidad como ejemplo, pocas veces superado, de entrega plenaria a su pueblo, de acrisolada honradez y de elegante discreción.

(Noviembre de 1959 sin poder puntualizar día por no haber autorizado su publicación la censura)

SALAZAR

EL nombre de Salazar (que es como llaman los portugueses al jefe del Gobierno, doctor Antonio Oliveira Salazar) se ha incorporado a la Historia del pueblo hermano desde hace ya más de cuarenta años, durante los cuales ha asumido la entera responsabilidad de la vida política del país practicando un paternalismo autoritario. No sabemos cuál será el juicio definitivo que en el futuro recaiga sobre su largo período de gobierno, pero es seguro que, entonces como hoy, será considerado como una personalidad extraordinaria caracterizada por una gran inteligencia, una rigurosa formación universitaria caracterizada por una gran inteligencia, una rigurosa formación universitaria y una honradez ejemplar y exigente. Salazar no ha sido un autodidacta con rasgos de genialidad, como fueron otros gobernantes que han ejercido el poder personal en nuestro siglo, ni un demagogo apoyado en la retórica y el exhibicionismo, ni un creyente en la magia del espectáculo y la violencia, ni un político de fortuna promovido por el azar. El estilo reflexivo de sus actos y manifestaciones, su repugnancia por las formas clamorosas y externas de la popularidad, su ascética concentración en la responsabilidad del poder, su racionalismo realista, evocan más bien (había algo exquisitamente anticuado en el estilo público de Salazar) la figura ideal del despotismo ilustrado a lo siglo XVIII que la de los conductores de la llamada civilización de masas.

Se podría decir que Salazar no ha tenido vida privada, pero esto hay que ponerlo en relación con el recato excepcional de su vida pública, que identificaba la una con la otra. (Es una situación que se produce en el intelectual más frecuentemente que en el político.) Esa de los dos planos de su vida –pública y privada- se explica también porque Salazar ha sido un hombre desprovisto de vanidad y de codicia, sobrecargado en el cambio de pasión por su trabajo, que era el ejercicio del Poder entendido como misión. Algunos tacharon en él de orgullo lo que era conciencia de sí mismo. Lo que por encima de todo (y en esa unión íntima de sus dos vidas, hacia adentro y hacia fuera) ha tenido Salazar en medida incomparable ha sido dignidad, seriedad, conducta. El gobierno podrá haber sido para él autoafirmación profunda, pasión, vocación y hasta encastillamiento en alguna ocasión, pero nunca “carrera”, beneficio ni provecho venal.

Durante su larga etapa de gobierno Salazar no ha prodigado sus discursos, pero siempre que ha hablado lo ha hecho con responsabilidad y competencia, sin improvisaciones, con gravedad y sencillez. Ha sido el gobernante menos retórico del siglo y sus palabras –ordenadas, precisas, elegantes- estuvieron siempre dominadas por un sentido de la economía y la medida, que ha sido la nota más acusada de su estilo personal. Por lo que se refiere a su desinterés y austeridad, ni sus peores enemigos han podido nunca encontrar fallo ni excepción en la constante de honradez y desprendimiento material que ha sido toda su vida y han tenido que limitarse a atribuir esas virtudes (que tanto han lamentado políticamente por la autoridad que le dieron) al fuego de una pasión dominante: la pasión de mandar; pero sin dejar de reconocer que nunca ha sido irresponsable ni voluptuosa. Como tampoco persiguió ni dio trato mezquino a nadie por rencores personales.

La austeridad y la corrección ejemplares de Salazar no se han limitado a su persona, sino que se han extendido a parientes y allegados. Hace pocos años murió una hermana del presidente, maestra en su pueblo natal, exactamente en la misma posición que tenía cuando éste era sólo un modesto profesor en Coimbra. Por lo demás no es extraño que muriera como una maestra pobre la hermana de un pobre profesor universitario, pues en su vida cotidiana Salazar no ha dejado nunca de ser el profesor que hacia el año 28 se subió –por segunda vez- a un tren en Coimbra para ir a Lisboa a poner en práctica, desde el Ministerio de Hacienda, las lecciones que sobre materia económica explicaba en su cátedra. Y restauró la economía de Portugal (el escudo que valía entonces sólo unos céntimos de peseta vale hoy más de dos), ordenó su administración y su vida y elevó considerablemente su prestigio en el mundo. Ciertamente que los principios de una economía que él aplicó severamente a su país, concebidos sobre las bases del ahorro y la nivelación, hacen crisis ante otras experiencias que apuntan hacia la expansión y el desarrollo. (¿Quién a la larga tendrá razón?)

Sobre la extrema sobriedad de la vida privada de Salazar tengo un recuerdo personal que no quiero silenciar. Descubrí entonces –y otras veces luego- al Salazar irónico, simpático, cariñoso y muy cortés, que es el que siempre prevalece en mi memoria frente a los estereotipos oficiales de incondicionales o enemigos. No ostentaba yo representación oficial alguna ni había ninguna razón de interés político concreto para visitarlo; pero hacía tiempo que no le veía y deseaba tener el placer de hablar con él. Con el fin de no ponerle en situación de compromiso manifesté mi deseo a uno de sus colaboradores más distinguidos, amigo mío muy querido, Pedro Theotonio Pereira, varias veces embajador y ministro, que lo era entonces de la Presidencia, y pocas horas después –a las diez de la noche- me recibía el jefe del Gobierno en su modesta habitación particular de San Benito. Una sirvienta o ama de llaves me abrió la puerta y apenas transpuesto el umbral oí los pasos del presidente que salía afablemente a mi encuentro. Entramos en una sala no muy amplia, amueblada al gusto burgués, con telas un poco ajadas. El presidente dijo a aquella mujer: «María vai dormir» y creo que quedamos solos en la casa. Cuando cerca de la medianoche, tras hora y media de conversación, me levanté para retirarme, fue el propio presidente quien me acompañó hasta la puerta, descorrió su pestillo y la mantuvo entreabierta unos segundos para despedirme. Recuerdo que en un punto de nuestra conversación saltó el nombre del mariscal Carmona –ya fallecido- y yo le dije que si la providencia y su esfuerzo personal habían reunido en él –en Salazar- tantas cualidades y virtudes políticas, su personalidad de estadista tal vez no hubiera podido manifestarse, al menos en toda su medida y duración, sin la asistencia de un jefe tan leal y considerado como con él había sido el presidente de la República. Escuchó muy atentamente mi reflexión y en tono lleno de sentido comprensivo me dijo: “Eso es muy justo, muy cierto. He tenido la fortuna de contar siempre con él, aun en las mayores adversidades; era un hombre leal, humano, cordial, discreto y lleno de buen sentido”; después de una pausa subrayó y... “muito distinto” (muy distinguido). ¡Todo es necesario!

Sin duda, como al principio hemos dicho, Salazar ha sido un gobernante paternalista, pero con la conducta ejemplar y la respetabilidad indispensables para la legitimación del sistema (o de la falta de sistema institucional auténtico si se quiere). En su educación y buen estilo de gobernante no se han dado nunca actitudes de prepotencia ofensiva. Salazar ha sido un buen cristiano, un poco seco, independiente y sin beaterías. Enterizo, seguro de sí, dijo en ocasión memorable esta hermosa frase llena de verdad: “Debo a Dios el don de ser pobre.” Y así es, porque su pobreza ha sido uno de los secretos de su

fuerza y el título más evidente de su sinceridad. En su recato nunca utilizó el Poder para ensanchar su propia comodidad, ni se sirvió nunca de él para nada personal: fue su servidor –servidor del Poder-, y sea cual sea el balance de aciertos y errores de su obra de gobierno, sea cual sea el plano ideológico desde que se la juzgue, nadie, podrá reprocharle haberla convertido en fuente de lucro ni en plataforma de vanidades. Es difícil que durante muchos años vuelva a darse un caso como el suyo, sin los frenos del poder de los Estados de Derecho e incluso con ellos. Sólo así es posible que un hombre que de verdad tenga conciencia llegue con ella tranquilo al término de su camino. Tranquilo por lo que al generoso empleo de su propia vida se refiere, aunque otras zozobras (que me consta no eran extrañas a su ánimo) inspirasen a su sentido de responsabilidad las dificultades –hoy perentorias- que un sistema como el que con tanta pureza ha encarnado encuentra siempre en la hora de transmitir la herencia. Fue sin duda por esto por lo que a la muerte de Carmona se negó a sucederle en la jefatura del Estado, porque quería que cuando llegara la suya quedara sobre él y sobre todos –como actualmente acontece- una pieza institucional superior.

(26-9-1968)

DISCURSO DE BURGOS

Con la venía de la Presidencia, como con respetuosa sencillez –sin hueca solemnidad- décimos los juristas antes de hablar.

Me urge poner un elevado coeficiente de reducción en los elogios que el ilustre Presidente de este Instituto “Francisco Suárez” me ha dedicado en su elocuente discurso de presentación, dictados así todos por sentimientos de afecto. Si aún debo agradecer los que no merezco, mi gratitud es muy profunda y sincera en relación con los que en alguna medida corresponden a la realidad de la que fue mi total entrega –con rigor y exigencia- a una tarea histórica. En este orden de cosas mi agradecimiento es mayor pues sus palabras contrastan con el clima de general inobservancia del “suum cuique tribuere”, uno de los tres preceptos que como fundamentales del Derecho estableció el Emperador jurista al frente de su famosa Instituta.

I

DEL BURGOS DE AYER

Una muy larga inhibición, ya voluntaria, ya forzosa, ha creado en mi ánimo una disposición poco favorable a las compareencias públicas. Sin embargo no podría dejar de acudir a esta convocatoria en la Cabeza de Castilla donde hace más de tres décadas se instaló también la Cabeza de España, de una España que, entre el dolor y la esperanza, todos sentíamos arrebatadamente, como si realmente estuviese en trance de renacimiento.

Aquí viví y trabajé durante dos años con ilusión desesperada. Aquí se produjeron momentos de gran tensión emocional, y desde luego los de mayor responsabilidad de mi vida. EN aquellos tiempos yo era poco más que un mozo cercano a la madurez. Hoy, al volver aquí, no podría decir como vuestro héroe mítico al regresar de su destierro: “vuelvo viejo y florido”. Yo solamente vuelvo viejo y decaído, cansado y desalentado.

Tengo que hablaros con nostalgia de aquellos años que viví y de aquella ciudad tal como entonces la conocí. Ya sé que la nostalgia, en el enfatismo actual tiene mala prensa; y sé también que es algo correlativo a una pérdida de fe en el porvenir, o a una falta de bríos para volver a imaginarlo y perseguirlo. Pero la verdad ¡qué le vamos a hacer! Es ésta: que yo vengo aquí nostálgico; nostálgico y sincero. Aquí, cobijado en este edificio, -que fue mi hogar- se aviva en mí la nostalgia de aquellas horas de promesas altas, de conductas limpias y propósitos grandes.

Yo no tengo miedo, ni a proclamar las rectificaciones que hoy son necesarias y urgentes, ni a manifestar mi consecuencia en lo esencial y más noble de ayer; y por ello me declaró aquí nostálgico de aquellos horizontes tan amplios cuanto son mezquinos otros.

Y ahora antes de entrar en los temas de mi conferencia permitidme una digresión metódica: algunos consideran que el discurso directo, sin notas ni papeles produce una comunicación más viva con el auditorio: sin duda esa es la forma necesaria cuando se trate de enfervorizar –agitar- y de hablar a los sentidos; pero yo no vengo a esto: vengo a hablar a la razón y al sentimiento de un auditorio culto y responsable. Así en este ambiente no creo que será menos viva la comunicación con vosotros si, para mis recuerdos de ayer y mis reflexiones de hoy, utilizo las notas con serenidad preparadas y que permitirán una concentración, una precisión, una sobriedad y un rigor (y hasta un brevedad mayor, y la brevedad, como dijo Ortega, es la cortesía del orador) que difícilmente se conseguiría de otra manera. Además con frecuencia el tenido por orador directo resulta un simple altavoz de una cinta trabajosamente grabada en la memoria, esto es, un recitador.

Aquellos años de mi estancia en Burgos –cruzados sin duda de muchos horrores- fueron años, meses, días de idealismo trepidante, de pronta abnegación, de absoluto desprendimiento. Días de austeridad, de honradez y de entrega en los que nadie, o casi nadie pensaba en los suyos, ni procuraba su propio porvenir personal porque todo quedaba absorbido por la fiebre creyente, por la esperanza levantada, por la exigencia decidida de una España nueva y mejor. Eran días atroces pero heroicos, dolorosos pero exaltados, en los que algunos nos esforzábamos por hacer lúcida aquella embriaguez con el que el español volvía a vivir en carne viva el acontecer histórico.

De mí puedo decir que aquellos dos años fueron de constante apremio, de incansable tensión; trabajé sin tregua, mañana tarde y noche, con la codicia de ser útil, de ser digno del sacrificio de tantos hermanos que en el país luchaban y morían en los frentes, o martirizados en la retaguardia.

Me afané intentando forzar las fronteras de nuestras limitadas posibilidades materiales; me afané por poner en marcha una empresa política: el replanteamiento verdadero y total de las bases de convivencia de nuestro país; de su orden social y político, de su

moral nacional, único medio de justificar la tragedia que estábamos viviendo. Y asumí muchas responsabilidades –propias y ajenas- y hasta podría decir que la codicia de responsabilidad fue mi única codicia.

De aquí salió la primera Ley Orgánica de la Administración Central del Estado de 30 de enero de 1938 y la reforma de 8 de Agosto de 1939. El Estatuto de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. El régimen de municipios recién liberados. El proyecto para una nueva ley de Administración Local. El régimen provincial. Disposiciones sobre los acuerdos municipales sujetos a referéndum. Auxilio a poblaciones liberadas y refugiados. Subsidio al combatiente. Fondo Benéfico-social. Organización nacional de Ciegos. Regiones Devastadas y Reparaciones: Oviedo, Teruel... Régimen de adopción por el jefe de Estado. Policía de Abastos. Ley de Prensa. Agencia EFE. Periodismo. Creación del Instituto Nacional del Libro. Cinematografía de Guerra. Radio. Rutas de Guerra. Y aquí presidí las sesiones de elaboración del Fuero del Trabajo que se aprobó precisamente en la sala de Jueces de al Estado en alguna medida sometido al orden jurídico. (Al contemplar más tarde las manifestaciones de la verdad oficial pude pensar alguna vez si yo habría sido sólo un sonámbulo que no tuvo nada que ver con la realización de esa tarea).

Y aunque hoy diste mucho de estar conforme y satisfecho de algunas de las cosas que entonces se hicieron –de otras estoy orgulloso-, no es costumbre mía intentando. Nunca he rehuído, ni he negado la parte de la tarea política, importante sin duda, que me correspondió en aquellos años y en los más delicados que siguieron hasta verano de 1942. A lo que me he opuesto, en la escasísima media en que se me permitió –con abuso de poder- y sigo oponiéndose es a que el ventajismo y la comodidad de otros cargara sobre mí en exclusiva, con poca gallardía, actos y responsabilidades que o eran colectivos, solidarios, o señalaban más directamente que a mí mismo a las personas que me elegían como víctima expiatoria. Con patriotismo supe, sin embargo, guardar silencio o moderar mi propia defensa en aquellas horas en que España sufría particulares dificultades para hacerse un camino en el orden nacido de la Segunda Guerra Mundial. Mi discreción y mi patriotismo dieron ocasión a algunos malvados y también a la legión de gentes con mente perezosa que reciben sin más, sin ninguna depuración crítica o informativa, lo que oyen por ahí, para presentarme ante el mundo como el solo titular de una actitud política extensamente compartida y en la cual seguramente yo representé en los momentos más críticos un elemento de freno y moderación: no habrá, para la Historia, más que conformar textos y manifestaciones de unos y de otros. Ahora, cuando ya todo aquello no es actualidad sino historia, ahora, no hay razón para seguir guardando silencio. La legitimidad de manifestarme y de poner las cosas en su sitio me parece no sólo incuestionable; me parece un deber inexcusable.

Mas no será ésta la materia de mi discurso: no es eso lo que vengo a hacer en Burgos. Para esa tarea queda en alto la pluma. Vengo, ya lo he dicho, a recordar aquellos momentos en que Burgos era la Capital del Estado al que yo deseaba servir, ayudar, para que fuera digno: de nuestra tradición histórica de tanto sacrificio como costaba establecerlo.

¿Cómo era el Burgos de los años 37, 38 y 39?: sin duda una ciudad de vida muy extraña, cuyo “formato” se había desbordado repentinamente: Su tranquilidad provincial se

había tornado ebullición; su tonalidad austera había adoptado un cromatismo en algún aspecto pintoresco.

Recordad aquella alusión al gusto del español por el uniforme llamativo, y lo más personalizado posible, que hay en la anécdota d'Orsiana a que ya me he referido en mi libro "Entre Hendaya y Gibraltar": "observo, le decía un escritor francés amigo suyo, que los españoles gustan mucho del uniforme, sí –respondió el jovial Xenius- pero siempre que sea "multiforme".

Uniformes, banderas, manifestaciones bulliciosas, desenfado, ya que no desenfreno, de los soldados que disfrutaban permiso, hoteles donde se refugiaba una reducida vida diplomática y social, edificios públicos de uso múltiple en los que se podía haber un salón de sesiones provincial junto al despacho del Ministro del Interior, o una Sala de Audiencia pared por medio del bullicio de los servicios de propaganda.

El frío riguroso, la belleza muy arcaica y un poco seca de la ciudad, el paisaje –chopos en las afueras camino de la Cartuja y de las Huelgas- la subyacente costumbre provinciana, la escasez de alojamientos, la modestia y limitación de los lugares de recreo que nunca tuve ánimo de frecuentar; todo ello –el estilo tradicional castellano en su expresión más sobria- contribuyeron sin duda mucho a caracterizar el estilo un poco hierático, acentuadamente austero, del aparato político que aquí nacía. Es bien sabida la relación recíproca que hay entre el ambiente y las costumbres. Y si puede decirse – como creo- que el paso de aquella abigarrada capitalidad por Burgos determinó en su población estable la inquietud que luego ha dado tan óptimos frutos de crecimiento, también, y a la inversa, hay que decir que la estrechez y la sobriedad del Burgos de entonces colaboró a imponer a la población "invasora" de políticos funcionarios y militares, una molestia y una ausencia de ambiciones personales e inmediatas que contempladas desde las circunstancias en que ahora vivimos, no puede menos que provocar consideraciones al estilo de las elegías morales.

Como es sabido, el Cuartel general y la jefatura del Gobierno se refugiaban en una buena pero no suntuosa mansión de vuestro hermoso paseo de la Isla: en el palacete – con amplio y bonito parque- que pertenecía a la familia Muguero y que luego compro la ciudad a bajo precio para convertirla en lo que los anglosajones llagarían un "memorial". En la planta baja del edificio estaban instalados los despachos del Generalísimo y de sus ayudantes, una sala de espera, o de recibo, el comedor y los servicios de la casa. La planta principal estaba destinada a dormitorios y en ella ocupábamos una sola habitación mi mujer y yo con los cuatro hijos que a la sazón teníamos y que eran entonces muy pequeños. En la parte alta –abuhardillada- tenía sus oficinas el estado mayor. Y hasta que se formó el Gobierno yo mismo solía usar un pequeño local en aquella buhardilla para recibir visitas. En aquel tiempo no teníamos Corte; los servicios de representación eran mínimos y sólo los de protección y honor del jefe del Estado –la guardia mora- prestaban algún boato a la vida oficial.

En rigor no teníamos nada... no teníamos más que moral. Al penar en ello quiero traer aquí el recuerdo de una actitud ejemplar de aquel hombre extraordinario que fue el austero Oliveira Salazar jefe del gobierno portugués: en cierta ocasión con motivo de su enérgica y definitiva defensa del ultramar portugués, un impertinente embajador

americano le decía: “pero ustedes lo quieren todo y no tienen nada; no tienen ustedes ni ejército, ni marina, ni aviación, ni armas, ni dinero, ¿qué es lo que tienen?”. Salazar con entereza y dignidad le contestó: “razón”. “Tenemos razón.” Pues bien nosotros en aquel tiempo teníamos un capital importante: teníamos moral y estábamos por consiguiente libres de gangsterismos y de “affaires”.

Nadie entonces se hubiera atrevido aquí a adelantar una intención aprovechada o una tentativa venal. Se vivía de espaldas a las relaciones provechosas de carácter privado, que no se nos ocurría cultivar. Recuerdo que el banquero más relevante del país – hombre correcto que nunca utilizó el banco para sus asuntos personales- más tarde, cuando nos encontramos en la vida privada y coincidimos uno y otro en asuntos profesionales, me reprochó en más de una ocasión que yo no le hubiera podido recibir ni una sola vez en los 5 años en los que fui Ministro y durante los que con insistencia lo había solicitado. Hilábamos entonces muy delgado y entendía yo que todo mi tiempo debía emplearlo en ocuparlo de asuntos de interés público y no privado de asuntos plausibles que fueran.

El ministerio del interior que yo regenté en los años de Burgos se estableció precisamente en este palacio neo-renacentista de la diputación la cual no podía prescindir para sí de algún espacio en su propia casa. Estábamos en ella muy apretados y algún servicio hubo que instalase en el palacio de justicia, allá en el extremo del espolón. Creo que en aquel edificio estuvo montado el único despacho un poco lujoso de la administración de entonces. Suanzes ministro de industria que tenía su sede oficial en Bilbao se lo había hecho arreglar así, como “apeadero” suyo en Burgos, con muebles y cuadros magníficos de la familia Sota. Pero para apeadero era un lujo excesivo y el despacho fue convertido o atribuido a los servicios de Propaganda. Alguna vez – viviendo como vivíamos sin protocolos y ceremonias- nos reunimos allí ministros, funcionarios y escritores para oír alguna lectura literaria. Era el único y raro lujo que muy de tarde en tarde me permitía, atosigado, como estaba, por trabajos cuyo instrumento habían de improvisarse a cada paso.

Los Monjes y el Monasterio de Santo Domingo de Silos -centro de oración y cultura y la más original de nuestras maravillas románicas- ejercía enorme atractivo sobre mí en aquellos días; y su proximidad física me permitía algunas escapadas que eran para mí el mejor descanso y el más placentero recreo. Allí conocí, traté y admiré, por su sabiduría y gran sencillez y modestia al Abad Mitrado Fray Luciano Serrano.

Mis colaboradores.- Llegado a este punto no quiero dejar de evocar a mis colaboradores de aquella época: colaboradores que tenían entrada libre y llana en mi despacho cada vez que una urgencia lo exigía. He de recordar primero al subsecretario José Lorente Sanz un hombre que había llevado al máximo dos virtudes que casi nunca se dan juntas: gran competencia profesional y talento y una modestia casi inverosímil. Su ayuda me valió mucho en aquel trance en que tantas cosas se acumulaban sobre mí. Lorente vivía en un modesto hotel y, salvo para su trabajo, apenas si se hacía notar en nada. Mi secretaria particular agrupaba amigos antiguos, y colaboradores nuevos, bajo la jefatura del Conde de Mallalde compañero mío en las duras jornadas de la República.

Con él trabajaron también en mi secretaria Montarco, Enrique Giménez Arnau, Gregorio Prieto, Valencia...

“Los servicios” –así se llamaron algún tiempo las direcciones generales- los desempeñaban: el de prensa José Antonio Giménez Arnau, amigo de los tiempos de Zaragoza, que, muy joven, y recién llegado de Alemania, me había ayudado eficazmente en las elecciones a diputados a Cortes en el año 1933 (en las que yo fui elegido por aquella capital), hoy escritor y embajador de España. Con él preparé la Ley de Prensa que las circunstancias de entonces dictaban y que después, cambiadas esas circunstancias se mantuvo en vigor mucho más tiempo de lo que la conveniencia del país aconsejaba. Fundamos también la Agencia de noticias EFE. Un servicio de información y propaganda exterior dependiente de aquella jefatura pero en relación conmigo, era dirigido por Pabón antiguo compañero de minoría parlamentaria en las Cortes de la república y en el que trabajaba con eficacia Ramón Garriga. Benjumea en regiones devastadas. Luego Santa Marta de Babio. Palanca en Sanidad. Iturmendi en Administración Local. Bedoya primero y Martínez de Tena después en Beneficencia.

Finalmente **los servicios de Propaganda** los encomendé al extraordinario poeta Dionisio Ridruejo que era entonces un joven muy lanzado, con afanes creadores: un hombre joven como él, con su talento e imaginación, no podía ser de otra manera en aquellas circunstancias que nos prometían una revolución nacional con profundo sentido social. Por eso figuro siempre en vanguardia de la exigencia y de la protesta y fue para mí el más incómodo de mis colaboradores; aunque nuestra confrontación sincera de puntos de vista y discrepancias engendró una amistad entre los dos que es el fruto natural que normalmente engendra el combate entre buenos luchadores, con espíritu limpio sin capacidad para el rencor.

Así de yo entrada en las ardiases de la Administración a la poesía: a los poetas, escritores y artistas. En aquel Servicio agrupamos a una serie de personas que ya entonces –en su juventud- tenían, y que luego acreditaron “erga omnes”, una robusta personalidad intelectual, como el eminente filólogo Antonio Tovar –hoy uno de los valores científicos indiscutibles de España, Profesor de Lingüística en la famosa universidad alemana de Tubinga-. Pedro Laín historiador de la medicina y ensayista de gran profundidad. Grandes poetas como Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco. El dramaturgo, luego novelista y crítico, Torrente Ballester. Escritores como Manuel Halcón, García Venero, Samuel Ros y García Viñolas, cineasta además. También en cine: Edgar Neville, Martínez Barbeito y Antonio de Obregón. Algunos de los actuales rectores de la Editorial Destino de Barcelona, Verges, Agustí y Mas Oliver. El malogrado escultor Emilio Aladrén. El director de teatro Luis Escobar. El historiador del Arte Salas. Pintores como Pruna, Romero Escasi, Caballero, Cabanas, y algunos más que si no enumero aquí es porque mi memoria, firme ayer, empieza hoy a traicionarme. Era sin duda un grupo brillante que dirigía con la liberalidad que las circunstancias permitían la Radio (aquí en Burgos Gonzalo Soto) el Cine, el Teatro, las Ediciones (cuyo director fue el corpulento y bondadoso Pérez Olivares) la producción de objetos de propaganda, la organización de actos públicos, la asistencia moral e intelectual de los combatientes y otras muchas actividades análogas. Y muy próximas a este círculo tan brillante de mi Ministerio, yo mantenía relaciones frecuentes con el genial, finísimo, poeta Manuel Machado, con el ingenioso Agustín Foxá lírico exuberante, romántico y mordaz. Con Jiménez Caballero autor del famoso libro “Genio de España”, con el eminente historiador de Castilla Fray Justo Pérez de Urbel, el genial

Eugenio d'Ors, y otros ilustres escritores como Pla, Pemán, Montes, Manuel Aznar, Luca de Tena, etc.

Y además de todos estos ingenios aquí radicados enviamos conferenciantes a varios países y una Poesía Andante y Popular recorrió medio mundo: un burgalés de pro, Conrado Blanco, era su capitán, fuente de generosidad y de ingenio, y dio más de cien recitales y medio centenal de conferencias en Filipinas y Estados Unidos; y recuerdo con él a Duyos, a González Marín, a Urrutia, a Ginés Albareda, a Escohotado, y a un gran español de Colombia, Eduardo Carranza –poeta hablando, escribiendo y viviendo– que con noble espontaneidad se incorporó a nuestras filas sin ser requerido. Siglos antes de Cristo el filósofo chino había escrito: “Un pueblo sin arte y sin moral no podrá ser mantenido en orden ni con castigos ni con suplicios”.

Tampoco puedo omitir totalmente el recuerdo de otros colaboradores como mis jóvenes gobernadores civiles entre los que destacaban el sevillano Gomero del Castillo –luego Ministro–, el zamorano Carlos Pinilla, hoy Consejero del Reino, el arquitecto Prieto Moreno, los Palmas de Plata Joaquín Miranda y Narciso Perales, éste máxima autoridad en Medicina e Higiene del Trabajo, Moreno Herrera, luego Conde de los Andes, Andino, Fontana, Rodríguez Miguel, Rodríguez Acosta...

De casi todos los colaboradores citados soy amigo, y a todos –sin excepción– guardo gratitud.

Ni puedo tampoco dejar de traer el recuerdo de personalidades entonces muy conocidas y notorias en Burgos: el Alcalde Manuel de la Cuesta, típico hidalgo castellano, el gobernador Almagro, el melifluo Capitán General de esta Región López Pinto con su oratoria eclesial compensada por la enérgica oratoria castrense del bizarro Arzobispo Conde de Castro Alonso; el jefe de los carlistas Echevarrieta, el falangista

La mayor parte de aquellas personas, como antes he dicho, se alojaban según podían agrupadas en alguna pequeña casa o en fondas y hoteles modestísimos. En algún modo formábamos todos una familia, con discusiones, críticas y peleas de todos contra todos, por el afán exigente que todos teníamos de querer lo mejor para España y nunca encontrábamos bastante lo que los demás hacían por ella; pero, repito, unidos como una familia en la gran esperanza de aquellas horas. En la guerra civil todos somos un poco bárbaros y cometimos excesos patrióticos: aquí mismo está con nosotros un patriota ejemplar que siendo aún muy joven había ya realizado entonces actos heroicos, y fue encarcelado no sí en concepto de “arresto supletorio” o de “responsabilidad personal subsidiaria” como ahora –después de recientes y profundas deliberaciones– se dice; pero lo cierto fue que dio con sus huesos en la cárcel que es como entonces se decía. El motivo de su detención fue el grito que dio en un desfile de “¡Franco y Rey!”, lo que resulta hoy un tanto peregrino pues, una de dos, o estábamos un tanto locos entonces o lo estamos ahora.

Son muchos los daños, los desastres, los horrores y las amarguras de una guerra civil y nadie que esté en su mano juicio puede dejar de dolerse de ellos y de considerarlos indeseables. Sin embargo la guerra tenía también otra cara formada por millares de

conciencias subjetivas impregnadas de esperanza, prestas a todo sacrificio, donde el patriotismo y el deseo del bien de España ardían como resplandores de un gran fuego.

¿Cómo olvidar todo esto? ¿Cómo no conmoverse con su memoria? ¿Cómo no incurrir en melancolía al pensar en la mudanza en los estados de ánimo, de las conductas, de los objetivos?

No me refiero ahora al cambio o evolución de algunos de los que entonces creían ciegamente estar en el mejor camino para España y que luego han rectificado esa creencia. La experiencia y la reflexión no son vanas. Los tiempos nunca son los mismos. Nadie tendrá más respeto que yo para esas mudanzas cuando sean honradas, desinteresadas, movidas siempre por el patriotismo. Al lamentarme me refiero más bien a los cambios de estilo, de conducta y hasta de finalidad de quienes al hacerlo no han arriesgado nada, lo han retenido todo, y siguen, si a mano vienen desgastando que han convertido en tópico y quemando incienso en los altares de antaño. Había entonces un grupo insoportable e intransigente, beatería política –que lo ponía todo y a todos en entredicho- para luego, andando el tiempo, venir a caer en la beatería de un relativismo oportunista y acomodaticio. De un relativismo absoluto, valga la “contradictio in terminis”. (No tengo hoy espacio para tratar de un tema del que otro día me ocuparé del “licenciamiento”, que no disolución, de la Falange, que en grave ocasión solicité para liberarla de una servidumbre estelirizadora).

No podría terminar esta parte de mi disertación sin dedicar el recuerdo que es obligado a nuestros muertos: y especialmente aquí a José Antonio, porque fue aquí en Burgos donde se proclamó oficialmente la noticia de su muerte, de la que muchos dudaban, otros quisieron dudar, y algunos temían por su vuelta. Antes de ese momento José Antonio fue el ausente, el gran ausente, y desde ese momento sería el presente por antonomasia; pero entonces como antes su espíritu y su propósito político fueron guía ideal y acicate de la mayor parte de la juventud que combatía por una España nueva o que soñaba con ella.

Al invicto general Mola que aquí aterrizó el 21 de junio de 1936 después de volar desde Pamplona a Logroño y Zaragoza para dejar bien resuelta la situación de las guarniciones en aquellos momentos tan críticos antes de tomar posesión del mando de esta Región Militar. Le habéis rendido recientemente muy justo homenaje. Nunca se ponderarán bastante el mérito y la capacidad de aquel hombre que después de haber preparado con habilidad increíble con alzamiento la vigilancia que le cercaba (me escucha su confidente y colaborador más discreto), tuvo que resolver rápidamente desde aquí, aislado de todos, en los primeros días mil problemas difíciles de orden militar –organizar cinco frentes-, político, económico, social e incluso religioso, para meses después, como consecuencia del accidente de su avión militar, entregar aquí su vida entre unos matorrales que la gloria convirtió en laureles.

Y finalmente también a vuestro paisano Yagüe con el cual –hombre vehemente, políticamente inquieto e insatisfecho, el “contestatario de ayer”- no deje de tener diferencias y cuestiones en los días de comunes y altas responsabilidades pero, por lo mismo, me considero en el deber de recordar que vivió con honradez intachable, y que, trabajó extraordinariamente por esta ciudad sin haber obtenido para sí ninguna clase de

provecho material no obstante haber concentrado tanto poder en sus manos: ese poder que en él como en muchos, fue entrega pero que otros convirtieron en taller de alquimista para fabricar la transmutación de sus fortunas.

II PRESENTE Y FUTURO

Así fue ayer. Ese ayer que, desde el Madrid tan americanizado de hoy, recordamos con nostalgia, y que en sus aspectos más nobles consideramos un privilegio haberlo vivido. Tratase de un ayer ya remoto, sucedido por un presente largo que afronta más expedientes de urgencia que planteamientos de futuro y es ya hora de que nos sintamos acuciados por estos problemas.

Me parecen legítimas, plausibles, necesarias, las preocupaciones en torno a ideas, proyectos y realizaciones para el establecimiento del sistema que nos libre de la asfixia que se produce fatalmente en el vacío. Hay que echar a andar. Nada es más revolucionario que el quietismo: el agua estancada se corrompe.

Estamos asistiendo ahora a un diluvio de palabras; un verbalismo exuberante y con frecuencia vacuo que en ocasiones oscila entre la sublimidad y la camelancia, discúlpeleme la vulgaridad de esta palabra por el merito de su adecuación a las circunstancias. No faltan, por supuesto, algunos ensayos serios ni reflexiones atinadas.

Pero toda esa avalancha conceptista de expresión ambigua y con frecuencia ininteligible -tan alejada de las ideas claras y distintas del cartesianismo- tiene de todos modos un valor, porque está demostrando la existencia de aquella profunda y extensa preocupación por nuestro futuro.

Piensan algunos que la solución está en la vuelta al pasado: al juego político de los partidos anterior a la guerra civil. Con todos los respetos a quienes honradamente así lo crean ello parece una locura, y es por otra parte imposible. Las experiencias personalmente vividas de aquellos tiempos no son ciertamente prometedoras de bienes. El carácter de nuestro pueblo y, hay que decirlo también, la estructura de la sociedad española no han permitido vivir las instituciones democráticas más que de una forma explosiva. Digamos en su disculpa que la realidad fue que del parlamentarismo controlado y fabricado desde arriba por Cánovas -por referirme sólo al hombre más ilustre de la Restauración-, se pasó de golpe a un radicalismo democrático desenfrenado por la falta de una preparación anterior adecuada. La realidad es que experiencias democráticas anteriores, auténticas, no habían existido. No hubo en ellas lo que ahora se llama "la base". Así resultó que en la democracia republicana no se trabajó por la libertad sino por la fuerza y la destrucción.

Con modalidades muy distintas, con personalidades muy diferentes -algunas respetables y señeras con alto espíritu patriótico, que el patriotismo no lo monopoliza en exclusiva ningún grupo-, nuestros dos ensayos de República, la I y la II, fueron desastrosos. No voy a hacer una vez más el balance de todo lo malo que allí ocurrió porque ya este se ha hecho infinidad de veces, y hasta con verdadero regodeo, por quienes en el fondo ni desean, ni entienden, otras situaciones que las de excepción.

La violencia, los excesos, la enfermedad de la democracia parlamentaria, hicieron evidente -y no sólo en España- la necesidad de su corrección y así se produjeron en distintos países reacciones contra el bolchevismo y la anarquía que, si no en todos, fueron en algún caso nobles y fecundas: me refiero al recurso mágico del fascismo Italiano con el éxito deslumbrante de sus primeros años. Para muchos -yo me incluyo entre ellos- la crisis de la democracia parlamentaria era ya un dogma hacia el año 1930, incluso antes desde 1917, y aun podrían recordarse, denunciando la crisis desde más lejos, las voces graves y profundas de Costa y Picavea.

Hoy creo que la afirmación puede generalizarse todavía más: no sólo por la extensión del campo socialista, sino por la realidad que nos ofrecen en Europa Italia y otros países, y mucho más en Hispanoamérica.

Nosotros también sufrimos la enfermedad y también ensayamos el remedio en el que tantos entregaron sus vidas. Pero ¿podemos de verdad, a estas alturas, decir seriamente que con aquella experiencia -tal como se realizó- acertamos en el establecimiento de un sistema correctivo?

Es cierto que el orden -aunque sólo sea material- y la paz hacen milagros. Hemos experimentado que sin orden no hay libertad posible, pero también hay que reconocer que sin libertad no hay orden; orden verdadero, se entiende, como tampoco lo hay sin justicia, porque la injusticia es el mayor de los desórdenes. Y un orden sin más espíritu, sin más nervio que la coacción, se rompe en mil pedazos cuando llega la hora del estallido. Claro es que esa libertad del hombre lleva consigo su responsabilidad, responsabilidad frente a la que Ortega llamó envidiable irresponsabilidad de la planta, la piedra o el animal.

Seria demasiado triste aceptar como definitiva la conclusión de nuestra incapacidad como pueblo para vivir en formas democráticas auténticas cuando la democracia es hoy la forma de la civilización. (Cosa que ya aceptaba en su tiempo un hombre tan poco sospechoso como don Marcelino Menéndez y Pelayo.)

¿Habremos de resignarnos a aceptar la idea, o el hecho, de nuestra incapacidad como pueblo para lo que son capaces otros pueblos de nuestra misma cultura?

La realidad es que, pese a la crisis de sus formalismos tradicionales, la democracia está ahí; esta ahí, repito, con un hecho o forma que en el orden político se identifica actualmente con la civilización misma. Y el propio José Antonio que vivió, como nosotros, presionado por la imagen de la crisis de la democracia parlamentaria y reaccionó contra ella en términos que son de todos bien conocidos dijo, sin embargo, "que la aspiración a una vida democrática libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política por encima de toda moda". Y es que si un pueblo necesita en ocasiones de situaciones de excepción -con un sistema de autoridad concentrada-, no puede vivir eternamente en esa forma.

La autoridad es el quicio y fundamento de toda comunidad; soy un devoto de ella y sin autoridad la vida civil es imposible. Pese al optimismo de las esperanzas libertarias, es seguro, dada la condición humana, que una sociedad sin autoridad se disuelve en la

guerra de todos contra todos. Ahora bien, hace falta que esa autoridad aglomere. Interese, cuente con una vida civil rica, porque de otra manera la disolución social se produce también; tal vez de una manera menos visible e inmediata, pero seguramente más grave y profunda.

La autoridad que emerge de la conjunción de aquellos valores será la más fuerte, y más legitimada para usar de la coacción cuando el mantenimiento del orden lo exija. De ahí que una autoridad no representativa ni controlada está amenazada siempre por la anarquía como juicio final de su propia irresponsabilidad. Es preciso "que el poder frene al poder"... Ya se que algún doctrinario dirá que esto no es nuevo..., pero sigue siendo cierto y necesario. No se trata de palabras, ni se trata de obstaculizar ni entorpecer la acción del poder público; presentar las cosas así es también hacer demagogia, porque es una simpleza pensar que uno de los hombres de más alto pensamiento del mundo político se propusiera al formular su sistema enervar, destruir la acción del poder, o hacerla marchar hacia atrás. De lo que se trata es de distribuirla para evitar los daños, los abusos, los despilfarros, que conocidamente produce el poder único y concentrado, y los peligros del arbitrio. (Digamos de paso que el insigne autor de la famosa teoría sobre "los límites del Poder para evitar el abuso de su ejercicio" no usó nunca la expresión "división de poderes".)

Tampoco es nuevo el tema de "la participación" –participación activa del pueblo- y sin embargo no puede ser más actual y necesario para hacer viable la convivencia y una obra de educación civil de las conciencias que entrene a los ciudadanos en el sentido del deber y de la responsabilidad; cosa que nunca podrá lograrse sin poner a prueba esos sentimientos, abriendo vías para la intervención de todos en la tarea pública.

En la actitud de un político -me refiero ahora a José Antonio- hay que distinguir con cuidado las que son posiciones esenciales o "de finalidad" y las meramente circunstanciales, o tácticas, o de procedimiento. Y hay que tener en cuenta también los cambios del tiempo y las circunstancias, así como las experiencias propias y ajenas. Conocida es la inclinación de José Antonio hacia una representación orgánica de intereses y grupos naturales que habría de ser para él, claro está, genuina y auténtica, no meramente aparental o simulada. Hoy, aquel planteamiento puede ser en alguna medida insuficiente, y, salvo en la Unión Soviética, en todas partes predomina la idea de que la representación orgánica no basta y que falta también la individual o ideológica para que una comunidad civil funcione correctamente. Y ello es tan evidente que incluso los sistemas más o menos orgánicos buscan la legitimación en alguna institución de democracia inorgánica, como es el referéndum, participación directa del pueblo; directa y extrema; un hombre, un voto. (Yo no sé de ningún país donde la democracia orgánica tenga vigencia plena. Es en Rusia donde hay una autocracia orgánica total.)

Hoy, aquí en España, esta consideración nos pone ante el debatido problema de las asociaciones. Hasta ahora tenemos asociaciones para fines meramente sociales de ciertos grupos: "Asociación para el Progreso de las Ciencias", asociaciones benéficas, para la lucha contra la enfermedad, etc. Pero ahora se trata de asociaciones políticas destinadas a expresar la variedad de pareceres sobre materias de administración y de gobierno. Tema es éste especialmente complicado o difícil que, confieso, no acabo de entender: pues o se escamotea el problema o se tratará de algo muy parecido a los partidos políticos. La prevención ante estos, como factores de disgregación, por los

inconvenientes y daños que antes nos trajeron, es bien comprensible para los españoles de mi generación.

Pero pensemos seriamente: desde el tiempo de Fernando VII hasta 1936 el país fue perturbado -más que dominado- por unas organizaciones políticas, sedicentes partidos, que en realidad las más de las veces sólo eran grupos de ciudadanos, o camarillas, en torno a unos personajes (simples agitadores muchas veces) y en ocasiones - excepcionalmente- personalidades brillantes de gran inteligencia y patriotismo, pero que, prácticamente, hacían poco más que alardes de oratoria. Sin que faltaran tampoco algunas colectividades de excelente espíritu, pero de eficacia incierta: entretenidos en la busca de clientelas y en la captación de sufragios (el sufragio prostituido, como apostrofó don Antonio Maura) resultaban insensibles a los contenidos esenciales de los fines políticos, y faltos de proyectos de vida en común. Pero digamos honradamente que no todo el mal era consecuencia del material humano que dirigía y engrosaba los partidos, sino principalmente de la ausencia de una normativa adecuada que los regulase; que estableciera derechos y deberes; límites y responsabilidades; que controlase esas formas de participación del pueblo en el gobierno y que abriera con anchura y firmeza, para evitar desbordamientos, los cauces por los que discurrieran limpiamente y a cielo descubierto las corrientes de opinión. Se trata del control de los partidos políticos que, sin mengua del reconocimiento de las libertades pluralistas e ideológicas, prevenga y reprima los excesos.

Con anterioridad a la vieja Ley de Asociaciones los partidos se constituían de cualquier manera y después de esta con exigencias mínimas, sin límites ni responsabilidad.

La gran tarea estará en buscar y encontrar los expedientes y los recursos necesarios para impedir que el partidismo conduzca a la disolución. Hasta el presente, que yo sepa, no existe otra posibilidad que la del estatuto de los partidos para establecer los límites y condicionamientos indispensables y para exigir requisitos de número, medios de financiación y riguroso respeto a una ley de fuego excluyente de la violencia y de la traición.

Reconozco que es tarea difícil, pero acaso necesaria, y pienso que tal vez un estatuto bien meditado puede garantizar la existencia de unas organizaciones, pocas y fuertes, responsables y fieles a los intereses de España.

Por otro procedimiento no parece fácil concebir un esquema político, de convivencia y seguridad, ya que la fórmula de la representación orgánica "parcializa" la visión de los problemas políticos en conjunto y deja la "contestación" en la calle.

Yo no postulo, no tomo partido: pienso en voz alta con vosotros; la verdad es que, después de varios ensayos, todavía no ha encontrado nuestro tiempo la necesaria FORMULA DE EQUILIBRIO entre estos dos grandes valores: LA AUTORIDAD Y LA LIBERTAD. (Me consta que un teniente general que desempeñó hasta su muerte mandos de gran importancia y responsabilidad se puso en comunicación con el profesor Pérez Serrano, a quien encomendó la preparación de esta tarea.)

Pero, como siempre, por encima de las líneas formales del sistema, el problema es de calidades humanas: de hombres competentes, de cabezas claras, de corazones nobles, con patriotismo activo y autentico, lejos de la jerga patrioter de notabilidades de campanario.

Por eso, el estilo de Jorge Manrique, cuando clama aleccionador y nostálgico, podemos preguntar: ¿Qué se hizo aquella fe política exaltada de falangistas y carlistas, de católicos, de españoles llanos sin encuadramiento, que hace más de tres décadas hacían tan viva esta capital de la esperanza? Porque toda aquella fe, enriquecida con la experiencia y la reflexión, todo el pueblo consciente, todos los españoles reintegrados a la patria, así como el permanente sentido ético y el instinto moralizador del Ejército, todo y todos, son necesarios para las complejas tareas del futuro,

He dicho que venia a manifestarme con sinceridad, y a fe que lo he hecho ya largamente. Con el poeta de nuestra juventud, con el más grande de los poetas del mundo hispánico, ¿podremos decir "que aún guarda la esperanza la caja de Pandora"?

No florido, repito, sino cansado y sincero, vengo a Burgos a preguntármelo y a preguntároslo a vosotros. Dejemos la respuesta a la acción de todos los españoles que tengan conciencia de su responsabilidad y de su deber.

Pronunciado en el Instituto "Francisco Suárez" el 22 de junio de 1970.